

Repertorio Americano

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX

San José, Costa Rica **1929** Sábado 19 de Octubre

Núm. 15

Año XI. No. 469

SUMARIO

Homenaje a Bello	Ana Luisa Prats Bello, Joaquín Edwards Bello y Mariano Picón Salas Humberto Tejera	Los cuentos de Víctor Catalá	A. Hernández Catá y E. Gómez de Baquero L. E. Nieto Caballero Luis Bello Juan del Camino Víctor Catalá Roberto Brenes Mesén
La revolución de Venezuela		García Monge	
Los empréstitos		Cádiz y su bahía	
Idearium de España (y 2)	Miguel Angel Asturias	La carroña dorada	
Del hombre sentado y del hombre-en-pie	A. Guerra Trigueros	Esfinge	
Romanzas	Ismael Enrique Arciniegas	Sueño de Cádiz	
La dramática asamblea de La Haya	Alberto Gerchunoff	Tablero	
		Un discurso en el Carnaval	J. Fernández Montúfar

HAY momentos en que la voz de la sangre parece hablar más íntimamente al corazón.

Tal me sucede hoy, que el oleaje humano vuelve a poner ante nuestros ojos la silueta augusta del que fué mi abuelo.

Nuestra patria acaba de fijar sus ojos, a la vuelta de tres generaciones, en la mirada serena y luminosa, en la inspirada y amplia frente, en la suave y tranquila fisonomía del sabio.

¡Bien supo en esta ocasión el alma, elegir su molde!

Esa limpidez serena de su mirada, reflejo del alma, ha quedado impresa en cada uno de sus escritos.

A pesar del desgaste que naturalmente trae el tiempo, ese espíritu permaneció siempre joven; esa inteligencia se conservó intacta, y murió a los ochenta y cinco años, conservando hasta el último, junto con el vigor de la juventud, la madurez exquisita de la edad, coronada por la nieve simbólica de la vejez.

Esa superioridad espiritual, al contrario de lo que acontece a las almas vulgares, que sólo saben descubrir ineptias y defectos en los seres menos dotados que se les aproximan, sabía desentrañar en cada alma que se le acercaba, el fulgente rayo de luz que acaso oculto llevaba adentro. ¡Raro privilegio de las almas grandes!

Yo evoco sólo la silueta del abuelo querido a quien no me fué dado entrever en la vida.

Algunos rasgos esparcidos de esa fisonomía íntima han llegado hasta mí, recogidos piadosamente de boca de mi madre, su hija, quien también muchas veces le sirvió de secretaria.

Rasgos en que la sencillez se auna a la elevación.

Muy al contrario de otros personajes célebres, cuya vida íntima choca penosamente con la actitud brillante y pública que asumieron, esa vida fué armoniosa y nítida ante el público y en el seno del hogar: la sencillez y la elevación constituían los elementos esenciales de esa alta espiritualidad.

Así, nadie se retraía de acercarse al gran sabio: a través de esa mirada profunda, se divisaba la humana simpatía de la superioridad comprensiva y buena, que no rehuye un con-

Homenaje a Bello en el primer centenario de su llegada a Chile (mediados de 1829)

Andrés Bello

(La silueta del abuelo)

= De la Revista Chilena. Santiago de Chile =



Andrés Bello

Oleo de Lemoine

(Existente en el Ministerio de Relaciones Exteriores Chile.)

sejo, que alienta al estudioso, que enseña siempre, con la psicología hábil de las espiritualidades altas, que saben levantar el nivel moral y material de cuantos se les aproximan.

Evoco sólo aquí rasgos íntimos, ya que plumas más autorizadas que la mía, han abordado la entidad filosófica, literaria y científica del ilustre abuelo.

Desde mi niñez, se entremezclaron en el curso de mi existencia, las palabras con que mi

madre recordaba la fisonomía espiritual del gran sabio.

En la flor de sus días le fueron arrebatados la mayor parte de sus hijos; él no era aún anciano. Las penas, el recuerdo y la sensibilidad exquisita le arrebataban el sueño: en esas largas noches invernales, levantábase a veces, y recorría paseándose los corredores de su casa; cual benedictino en oración, recitaba en alta voz los *Salmos* de David, y evocaba el nombre de los seres queridos que desaparecieron.

Al morir su hijo Francisco, poeta, literato y autor de una notable gramática latina, que dedicó a su padre y fué adoptada como texto en el Instituto Nacional y otros establecimientos de enseñanza, y teniendo, como Rector de la Universidad, que dar cuenta del fallecimiento del hijo dilecto, que era miembro de las dos Facultades de la misma, se expresó, en su mensaje quincenal, y entre sollozos, en los términos siguientes:

«Otro nombre, señores, se asoma a mis labios que no me es posible pronunciar. Ya concebí que aludo a un joven nacido en Inglaterra, que se formó principalmente en Chile; que casi niño fué profesor del Instituto Nacional; que contribuyó allí al restablecimiento del estudio de la lengua latina, que en una gramática introdujo por primera vez, la doctrina de la filología europea, de los últimos años; que dejó acopiados materiales para una segunda edición de aquella obra en que desgraciadamente hubo de trabajar otra mano; que cultivó la literatura con suceso; que se distinguió en el Foro desde que entró en él; que fué precipitado al sepulcro en la flor de la vida, malogrando las más bellas esperanzas. El vecindario de Santiago lo lloró y conocía solamente la mitad de su alma.»

Terminó él y arregló definitivamente la gramática latina de su hijo Francisco y al presentar su trabajo, se expresaba de la siguiente manera:

«Hemos consagrado a esta segunda edición, todo el tiempo y esmero posible para corresponder de algún modo al favor con que ha sido recibida la primera y a los encargos de

su autor... Nuestras lágrimas han humedecido más de una vez los esparcidos apuntes trazados por la mano de un hijo querido debilitado ya por los largos sufrimientos de una enfermedad dolorosa y fatal.»

Amó también a su madre intensamente y recordaba a su padre hasta en sus últimos días.

Nunca, sin embargo, aquella sensibilidad se desbordaba al exterior; aparecía sereno, acaso algo frío, un tanto reservado.

Pero, si reservado, nada era más ajeno a ese espíritu superior que la desconfianza y la sátira.

Su asombrosa actividad, de la cual todos tienen noticia, le permitió abordar los temas más diversos y profundos, y bien conocidos son de todos el nombre y el número de sus obras.

De vida extremadamente metódica, aprovechaba cada momento; ese cerebro trabajó intensamente durante su vida entera: la poesía servía de distracción a la filosofía; los grandes clásicos griegos y latinos alternaban con la ciencia y la jurisprudencia. Agotábasele a veces el papel en su escritorio, y entonces echaba mano al margen de los diarios que aparecían llenos de esa escritura minúscula, casi indecifrable, que él mismo a veces no podía leer, teniendo que recurrir a un señor su amigo, que se había hecho experto en descifrar aquellos geroglíficos.

Mi distinguido amigo, el señor don Miguel Luis Amunátegui Reyes puede también dar prueba de esto: el notable literato y filólogo, no ha vacilado en sacrificar su vista descifrando los manuscritos del sabio.

El rasgo característico de Bello era una amplitud y elevación que lo colocaron sobre todas las preocupaciones de aquel tiempo. Era profundamente religioso; él mismo llevaba a sus hijas a misa, aún en los días de trabajo, y mi madre recordaba cómo, siendo niña, le golpeaba la puerta de su habitación cuando no la encontraba lista para acompañarlo, al mismo tiempo que le decía: «Niña, niña, ya tocaron la Tercia.»

Él contribuyó poderosamente a levantar la interdicción de libros, pues en aquella época eran pocos los que se permitía circular, y esto le acarreó no pocos disgustos, y aún el ser tildado casi de hereje, por algunos espíritus apocados de su época.

A los 85 años, la mano de la muerte tronchó esta vida, que no conoció el descanso. Su enfermedad duró pocos días.

En su delirio, creía ver las estrofas de la *Iliada* o de la *Odisea*, escritas en las cortinas de su lecho o en las paredes de la habitación, y se esforzaba en descifrarlas. Exhaló el último suspiro el 15 de octubre de 1865 a las 7.45 minutos de la mañana.

Su cuerpo fué sepultado en el Cementerio General, después de unas solemnes exequias y varios notables elogios fúnebres, y descansa actualmente al lado de su esposa y de sus hijos que lo precedieron en el eterno reposo, en un mausoleo coronado por el busto del sabio.

Al llegar la primavera, cúbrese la tumba de flores, y el corazón de las personas que en ella las depositan se siente invadido por la melancólica poesía de la muerte, e involuntariamente evoca aquellas palabras que dirigió a su hija en la *Oración por Todos*:

Y dulce entonces me será que vengas,
y para mí la eterna paz imploras,
y en la desnuda losa esparzas flores
simple tributo de amorosa fe.

El pueblo de Chile le ha erigido una esta-

Agente se necesita

Necesitamos una persona para representar y distribuir en su ciudad y pueblos alrededor nuestras ampliaciones fotográficas iluminadas al óleo. Nuestro método le dará una buena entrada. Somos la compañía más grande en este negocio. Escriba hoy mismo a States Art Co., 32 Union Square, Dept. 930. New York City, N. Y., E. U. A.

tua, que lo representa sentado en su sillón, en la actitud que le era familiar, de meditación y de estudio. Está frente al Congreso y a la antigua Biblioteca Nacional, que tanto ilustró con su palabra y con su pluma.

Ana Luisa Prats Bello

Julio de 1929

Andrés Bello contra el movimiento de independencia

Uno de los aspectos más discutidos de Bello es su indubable afecto a España y su posible desaprobación del movimiento pro libertad que su compatriota y ex-discípulo, Bolívar, encabezó. Historiadores chilenos, demasiado afectos a Bello, por haber sido sus contemporáneos, procuran desvirtuar el españolismo del grande hombre que, en rigor, pudiera aparecer como contrario a Bolívar. Ellos, esos historiadores, estaban muy cerca de la epopeya de la independencia para atreverse a declarar que Bello fué contrario al genio de la libertad.

Pero nosotros, colocados más lejos del panorama deslumbrante y prometedor de los comienzos del siglo XIX, tenemos el derecho de decir la pura verdad. Nuestra América fué grande y tuvo como nunca proyecciones universales en el período de las luchas por la independencia, precisamente por el hecho de la uniformidad de ideales desde México hasta el Cabo de Hornos, pero, una vez conseguida la derrota militar de la metrópoli, se perdió la cohesión; las diversas regiones americanas se constituyeron en provincias separadas, o repúblicas, y aunque algunas de estas repúblicas han alcanzado progreso y bienestar, se perdió para siempre la acción de conjunto y la grandeza de nuestra acción que, en 1810, fué universal. Nos faltó sin duda saturarnos algo más de españolismo, o de eje, para que, más tarde, al declararnos libres, sacáramos plenamente las ventajas de la libertad.

En el momento de declararse independiente, nuestra América no estaba madura. Norte América sí que había alcanzado considerable desarrollo civil, y es por eso que pudo Lincoln hacer la unión ganando la partida contra los sustentadores de la esclavitud y de la separación en piltrafas de territorio. Es probable que si nuestra América hubiera esperado algunos años más para declararse libre, ahora sería más fuerte y quizás si formaría una sola gran república, con grandes industrias fuertes y adecuadas al enorme número de consumidores, por estar libre de la guerra de aduanas o de las malquerencias políticas y populares de una república a otra que han retardado tanto nuestro desenvolvimiento.

Es seguro que Bello no fué partidario de la independencia prematura. Para encontrar el ideal político de un hombre tan esquivo y reservado como él en esas materias, es preciso estudiar los ideales de don Mariano Egaña y de don Diego Portales, sus íntimos amigos y discípulos espirituales. Las ideas del gran ve-

nezolano, saturadas de britanismo, se encuentran perfectamente reflejadas en esos estadistas chilenos que nombramos.

Bello era lo menos mestizo o criollo que cabe. Nacido en un ambiente tropical, fué, sin embargo, la reacción contra toda clase de tropicalismo. Era recto, metódico, severo, recatado, amante de la corrección, de las reglas, de la disciplina. Debió ser el hombre providencial de América, de una América toda unida sólidamente al eje de España. La independencia fué sin duda un golpe para su espíritu romano, cimentador, incorporador, creador, asimilador. En fin de cuentas, la independencia significa una fragmentación con las más caóticas perspectivas que aún ahora se hacen patentes en nuestras luchas y pleitos de fronteras y que es caso vivo en el centro mismo del Continente, en Bolivia, verdadero absurdo geográfico, como que se compone de regiones heterogéneas, prestadas por todas las naciones limítrofes: Perú, Chile, Paraguay, Brasil, Argentina...

Para un espíritu de organización como el suyo, el corolario de la independencia, o sea la división en repúblicas pequeñas, debió aparecer con proyecciones de fracaso. En Egaña y Portales encontramos el remedio más práctico, el único posible contra un mal inmenso: la justicia, el espíritu de disciplina y la consolidación de la clase más apta para mantener en respeto a una mayoría popular de moralidad vacilante. El conservadurismo de Bello, que en épocas revolucionarias pasajeras, apareció como antipático a la juventud con *ideas nuevas*, fué el mejor alimento para estas criaturas enfermas: las repúblicas americanas en el siglo XIX.

Al llegar a Valparaíso, hace cien años justos, Bello, todo transido de instituciones británicas y costumbres británicas, comprendió el peligro. Quizás pasó entonces por su potente cerebro la idea del prodigioso trabajo que el destino le imponía. ¿Qué vió en Valparaíso? Leamos la carta que escribió poco después de desembarcar, a don José Fernández Madrid, Ministro de Colombia en Londres:

«La situación en este momento, no es nada lisonjera: facciones llenas de animosidad; una Constitución vacilante; un Gobierno débil; desorden en todos los ramos de la Administración. No sabemos cuánto durará este estado que aquí se llama de crisis y que puede talvez prolongarse años.»

En estas pocas palabras hay todo un programa. El hombre que se traza mentalmente una línea de trabajo espiritual rehuye la acción violenta, la del político, que puede caer en la brecha del combate, y espera que otros vengán a transformar en vida sus ideales. Esos otros fueron Egaña y Portales. En adelante —y hasta cuarenta años después,— Bello influye en todos los aconfecimientos chilenos: desde la quietud de su silla dirige a la república. Hay que buscarle hasta en las jornadas rojas de Lircay.

Es indudable que el autor de nuestro Código no aprobó el movimiento de emancipación y en esto fué leal con su conciencia, con su visión del porvenir. Acaso no pudo decir jamás todo lo que a este respecto sentía; pero la historia le dará razón. Un gran escritor español, Eugenio d'Ors, de esa tierra catalana, soberbia, que ha querido separarse también de la metrópoli, escribió: «Los pueblos de la América española han sufrido mucho por haber obtenido la soberanía política antes, muchísimo antes, de haber alcanzado la soberanía espiritual. ¿De qué sirve a un país tener Cámara Alta y Cá-

mara Popular, Tribunal Supremo, Ejército y moneda propios, cuando la más alta ambición de sus escritores se cifra sólo en llegar a ser nombrados miembros correspondientes de la Real Academia Española?»

Se le olvidó decir al escritor catalán que, asimismo, el orgullo de las familias americanas se cifra en recordar sus apellidos del viejo solar hispano y su entronque remoto con duques y marqueses.

Acaso, acaso, el más interesante aspecto de Bello será para el futuro lo que en el pasado fué un cargo: su resistencia a la emancipación. Era la manera de ser nacionalista entonces.

Joaquín Edwards Bello

Interpretación de Andrés Bello

Cuando Andrés Bello fundó en Londres el *Repertorio Americano*, en 1825, ya tenía — podemos vislumbrarlo hoy— un programa de acción intelectual que abrazaba todo el Continente. Esas páginas del *Repertorio* circularon por la América Española como la primera posibilidad de una Literatura—quizás sea muy limitada esta palabra—pero sí de una cultura que conviniera a nuestra adolescencia política que Bolívar, Sucre, San Martín y O'Higgins habían apresurado. Así en el *Repertorio* cuyo modelo debió tomarlo Bello de Addison y los clasicistas ingleses del siglo XVIII, pasamos de una página de Historia o de Política a un estudio sobre el idioma y la gramática que para Bello fueron los más perfectos instrumentos de unidad hispano-americana; al comentario del libro de viajes que reflejaba la visión de América en hombres de otras razas, a las curiosidades de la Naturaleza—no en balde Bello acompañó a Humboldt en sus excursiones por las cordilleras venezolanas—o a ese tipo de poesía civil que Bello denominaba «silvas americanas». En todo estaba la acción de un espíritu constructivo, enemigo de los excesos, que en las tertulias del Marqués del Toro, donde se reunía lo mejor de la sociedad venezolana de los últimos días coloniales, y en el trato de los poetas latinos y los escritores clasicistas aprendió la moderación y la mesura. La prosa de Bello es en este sentido un modelo de clara sencillez y rehuye con igual comedimiento el patetismo romántico que ya empezaba a pasearse por Europa y el arcaísmo de museo que otros confundían con el buen idioma.

Establecido en Chile en 1829—valga decir en el medio histórico propicio, porque Chile por las razones de su peculiar estructura social, era el único país que en aquellos días agitados podía escuchar con tranquilidad sus enseñanzas—Bello llega a ser el hombre de más vasta influencia y más extensos dominios intelectuales de que se enorgullezca la América del siglo pasado. Los trabajos que publica en Chile se difunden por todo el Continente; y de la Universidad de Santiago, que Bello ha convertido en el más activo laboratorio intelectual de América, salen esas voluminosas memorias históricas y filológicas en que se estrenan para una labor cultural sostenida los Amunátegui, Lastarria, Barros Arana. Por la influencia de Bello, mientras que en el resto de América se escribía la historia romántica y falsamente subjetiva, en Chile nacía la historia documental. La Gramática; que en los seminarios coloniales se dispersaba en preceptos, es en Bello que ha leído a Bopp y a Burnouff y a Guillermo Humboldt, un proceso viviente.

En otras tierras de América—más convulsiones que Chile—el ejemplo de Bello estimula

toda una corriente de humanismo que en la Colombia de José Hilario López o en la Venezuela de los Monagas, logra salvar algunos grupos de la barbarie invasora. Contra la prontitud intelectual del hombre criollo que se entrega al juego disperso de su intuición o se engaña con la música fácil de su verbalismo, erigieron estos discípulos de Bello la disciplina de una enseñanza sistemática, la perspectiva de los estudios clásicos, el análisis filológico, donde cada palabra se acrisola en su sentido permanente. Colombia ha mantenido hasta hoy, merced a la obra de estos maestros, una poderosa tradición casticista. Y en medio de los horrores de la guerra federal venezolana que duró cinco años y principió sobre la población blanca y urbana, las hordas ululantes de Medrano y El Agachao, aún había hombres como Juan Vicente González o Cecilio Acosta, que pensaban redimir con Humanidades clásicas, las audaces generaciones desprevenidas y desnudas que afloraba la guerra.

En este papel de animador de todo un vasto movimiento cultural que comprendía igualmente a Chile y a Colombia, al Ecuador y Venezuela, Bello no ha tenido sucesores; ni la obra de ningún escritor posterior abarcó tan vasta zona de influencia. Contribuyeron al triunfo de Bello especiales circunstancias de política y de sociedad hispano-americana que no han vuelto a repetirse. En su época los diez y seis y más nacionalismos que ahora nos separan, aún no tenían oportunidad de consolidarse: la guerra de Independencia fué el gran convite en que participaron con idéntica fe solidaria todos los hombres de América. El *Código Civil* es la

gran síntesis jurídica, conforme a la idiosincrasia hispano-americana y a la tradición legislativa de Occidente, que Chile envía como modelo insustituible a los demás países hermanos. El carácter de Bello, su sentido del oficio, le fueron favorables para esta labor serena e indiscutida, que en medio de las convulsiones de la América de entonces, se mantuvo en el clima temperado de las ideas puras. Por el hecho mismo de que en el hispano-americano de entonces como en el de hoy, hombre intuitivo más bien que lógico, de pasión más que de pensamiento, cada idea o empresa intelectual inmediatamente se coloreaba de propaganda, convenía que como contraste tuviéramos también el hombre de la razón universal y abstracta. Si en la memorable polémica de 1842, Sarmiento representaba el nacionalismo argentino con su programa de urgencia inmediata, con su impetuosa voluntad étnica—Sarmiento, gaucho de la República de las Letras como le llamó Menéndez Pelayo—en Bello estaban los intereses más históricos de la cultura; de la cultura como tradición y dominio común de todos los hombres.

En Bello está la tentativa inicial de la cultura hispano-americana. Contra los particularismos geográficos y psicológicos que ya nos separaban, Bello defiende el idioma como la esencia misma de la unidad, y el pensamiento europeo sin cuya transfusión en nosotros, no podíamos crear ciencia ni literatura.

A cien años de distancia la fórmula cultural de Bello aún permanece: Métodos de Europa y contenido de América.

Mariano Picón Salas

(Seguirán otras piezas).

La revolución de Venezuela

LA revolución por tantos lustros esperada ha estallado al fin. Estalla cuando se ha perdido mucho, pero cuando aún queda algo por salvar. Un tercio del territorio nacional y casi todas sus riquezas naturales, se han perdido en manos de las sucesivas dictaduras; varias generaciones han sucumbido y están sucumbiendo en el terror y el silencio del despotismo, o lo que es peor, en el envilecimiento del despotismo. Pero los pueblos resucitan al tercer día; son los cristos hegelianos cuya inmortalidad garantiza toda justicia y hace sagrada toda esperanza.

Venezuela entera, es decir, todo lo que en Venezuela no es oprobio definitivo, se ha puesto de pie para protestar contra la última farsa de Gómez, quien renunciando la presidencia se ha quedado con el mando del ejército y con un artículo constitucional que le garantiza la servitud del poder civil. Un viejo hacendado, José Rafael Gabaldón, sin más armas que su dignidad, declaró la guerra a Gómez. Los estudiantes universitarios, en masa, enarbolaron, más alta que nunca, su vieja bandera de rebelión y por momentos han hecho vibrar a Caracas con los recuerdos de cuando era centro de libertad en el Continente. Arévalo Cedeño, el guerrillero incansable, otra vez entró por los Llanos a significar una protesta efectiva y a dar un punto de apoyo a los esfuerzos de los otros. Norberto Borges, uno de los torturados de la Rotunda, uno de los ex-secuestrados de Gómez, amagó a éste en su misma caverna cuartelaria. Y la sucesión de estos hechos se inflamó de pronto, en junio, en un

relámpago de entusiasmo y de orgullo, cuando el joven general Rafael Simón Urbina realizó la proeza de Curazao, castigando a la vez el imperialismo cómplice de la Royal-Dutch y arrebatando a un gobierno cómplice de Gómez las armas con que se internó en los médanos del Coro.

El desembarco de los revolucionarios del *Falke* en Cumaná, vino casi enseguida, en el mes de agosto, a darle al desesperado esfuerzo unidad impresionante y prometedora. Los caudillos de ayer y hoy, los jóvenes de hoy y de mañana, todos los elementos conscientes ya de que la oposición y la lucha contra la tiranía de Gómez no son ni deben convertirse en asunto de partidos ni de ruindades, sino que son una cuestión de humanidad, un problema de conservación nacional, y deben ser sólo un motivo de sacrificio y de buena voluntad, para salvar a un pueblo que está pereciendo y a una nación que está siendo desmembrada; todos, cada uno en su puesto y con la misión que se le ha confiado o que ha asumido, han concurrido a la hora solemne a apresurar el fracaso de esa tiranía que, irremisiblemente, se hunde ya en sus propias horrruras, pero que por una crueldad del destino no acaba de desaparecer sin tragarse nuevos hervideros de víctimas.

En el *Falke*, o con la empresa del *Falke*, han ido y han caído en tierra nativa, después de años, de lustros, de décadas de errar por extraños países, o acabando de escapar de lustros y décadas de prisiones horrendas, el activo e impetuoso Delgado Chalbaud, quien aportó

a la lucha hasta el último céntimo de su fortuna y hasta la última gota de su sangre. Y como él, Francisco Linares Alcántara, Doroteo Flores y Rafael M. Carabaño, o viejos políticos y militares de discutible fama, quienes supieron sin embargo cumplir como buenos en esta ocasión, y recordar que un bello final honra a toda la vida. Y al lado de ellos iban los jóvenes limpios de manchas y responsabilidades, aureolados ya muchos con las torturas de la Rotunda; los portadores de antorchas nuevas, de ideas políticas y sociales que flotan como promesas de redención en el ambiente del mundo: Zuloaga Blanco, Luis López Méndez, Luis Rafael Pimentel, Pedro Elías Aristeguieta. Quiero sólo hablar aquí de los que han caído ya, de los que han dado su ración de vida al monstruo que hace tanto tiempo devora a Venezuela.

En síntesis de todos, hablaré del para mí más conocido y más amado, Pedro Elías Aristeguieta, que respondiendo a los ímpetus de su sangre procerca (la familia Aristeguieta, emparentada a la vez con los Bolívar y los Sucre) supo ligar el momento actual con los mejores del pasado venezolano. Pedro Elías fué el primero en lanzarse a las ensenadas de Cariaco y Paria, solo y sin armas, en un pequeño bote, a convocar con voz afectuosa y conocida a los marinos cumaneses, sus amigos los pescadores, compañeros de fatigas y descansos en otro tiempo, para congregarlos a recoger las armas que traía el *Falke*, esas armas que aquellas gentes habían suplicado tanto para vencer o morir con decoro.

Pedro Elías, soñador de libertad y de belleza, carácter claro y generoso, desde hacía mucho había ofrecido a la Revolución, (a la Revolución, fuese cualquiera quien la encabezara, pues él no tenía ambiciones personales), ser el primero que entrara a la pelea, para dar base firme a un desembarco feliz. Y cumplió con abnegación y reselló su resolución con el timbre rojo de sus venas. Aunque fué en México un ansioso embebedor de ideales revolucionarios, y los llevaba en la mente para implantarlos el día del triunfo, sabía que la hora actual no es de discusiones escolásticas ni de ambiciones o equivocaciones disfrazadas con programas, y por eso fué a inmolarsé, esperando sólo que el triunfo de sus compañeros sirviera para abrir las puertas de Venezuela, o siquiera para entreabrir las, a la esperanza y a la vida. Los pescadores de Cariaco y de Paria eran sus amigos de la infancia, sus colaboradores de trabajo después, y él iba a llevarles la buena nueva de que podían gozar del fruto de su sudor, agremiarse, hablar alto, sentirse hombres, sin sujeción al látigo de ningún amo feudal.

Cumaná ha sido una solemne tragedia, que todos los venezolanos conscientes debemos honrar con un silencio respetuoso o con un doble grito de dolor y de promesa. No resucitan sino los pueblos que tienen el valor de sacrificarse en sus aristos, en sus mejores.

Cumaná ha sido un fracaso, un desastre, una

Humberto Tejera

México, D. F.

lección. Y significa todo; menos el triunfo ni el perduramiento de Gómez. Cada víctima del despotismo es una acusación y un abismo más que se abren bajo sus pies. Castro fusiló a Paredes en 1907; y en 1908 Castro había sido ya expulso de Venezuela para convertirse en fante internacional. Gómez ha fusilado en 1929 a los revolucionarios de Cumaná—ha sido acaso piadoso con ellos en vez de sumergirlos en el horror de sus cárceles— y acaso sea este mismo año el que marque el fin de su funesta dominación.

La Revolución Venezolana ha perdido en Cumaná su probabilidad más inmediata de éxito fulminante; ha perdido muchos elementos y vidas invaluable; pero no por eso ha dejado de alentarse. Nuevos luchadores, como Zapata, Villegas, en el Orinoco, se suman a Arévalo Cedeño en los Llanos, a Urbina en Coro, y a todos los nuevos brotes de insurrección en que estalla invencible la voluntad de vivir de nuestro pueblo. La lucha será ahora tal vez más larga, pero acabará siempre con la victoria.

La vasta unidad espiritual de la América Latina, que por años lentos y dolorosos ha vibrado con el drama de Venezuela, puede comprender ahora que Venezuela resucitará, que no está perdida sin remedio; que la pesadilla de Gómez, está próxima a terminar; y por último, que están en un error siniestro los presidentes que en diversas partes han seguido el ejemplo de Gómez, porque el despotismo, a pesar de sus juegos de prestidigitación progresista, no sabe sino explotar, desintegrar y envilecer a los pueblos.

Los empréstitos son una de las armas o instrumentos del imperialismo. Por medio de los empréstitos el imperialismo adquiere el control de las finanzas, las riquezas y la política de un país extranjero, del numeroso grupo de pequeños países americanos con necesidad real o ficticia de auxilio financiero y con gobiernos débiles, corrompidos, estúpidos o traidores.

Los ejemplos de esta clase de empréstitos abundan en la historia contemporánea de las relaciones del imperialismo americano con esos países americanos. Los empréstitos dominicanos de la ocupación militar y los posteriores a la evacuación, figuran en primera línea, en orden de precedencia entre estos ejemplos. Haití y Nicaragua siguen luego. Hay que distinguir, por su puesto, entre los empréstitos de los países subyugados y los empréstitos de los países que todavía conservan aparentemente su independencia. De los primeros es responsable el imperialismo exclusivamente. De los segundos la responsabilidad es común del imperialismo y del país que vende su derecho a la vida por el dinero de un empréstito. Nadie puede culpar a Haití o a Santo Domingo por los empréstitos de la ocupación militar. Por los empréstitos dominicanos posteriores a la evacuación nadie puede negar la responsabilidad y la complicidad del gobierno dominicano. Lo propio puede decirse de Nicaragua. Se observará que el empréstito o los empréstitos son inseparables de las agresiones del imperialismo en esos países. Al uso de la fuerza sigue siempre el empréstito. Detrás de los marinos y las naves de guerra, van infaliblemente los banqueros. Son los vampiros del imperialismo.

Empréstitos de otra clase, como los de El Salvador y Bolivia son incomprensibles, no por lo que hace al imperialismo, que es capaz de todo, sino por lo que hace a los países prestatarios. El Salvador pone sus aduanas en ma-

Los empréstitos



nos de los banqueros, grava el 70 por ciento de sus rentas aduaneras con la obligación del pago del empréstito, acepta la intervención del Departamento de Estado en el arreglo del empréstito y de este modo se pacta que el colector de aduanas sea nombrado por el Departamento de Estado y que en caso de desacuerdo o diferencia de cualquiera naturaleza, la cuestión será referida, por conducto del Secretario de Estado, al Presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos, cuyo fallo las partes se comprometen a aceptar, lo que indujo a los banqueros a decir en la circular en que anuncian la venta de bonos del empréstito estas singulares y significativas palabras: «Es sencillamente inconcebible que, después que un juez federal haya decidido una cuestión o disputa entre los tenedores de bonos y el Gobierno de El Salvador, el Gobierno de los Estados Unidos no tome las medidas necesarias para sostener tal decisión. Hay un precedente en una disputa entre Costa Rica y Panamá, en que un buque de guerra fué enviado para hacer cumplir el veredicto de los árbitros.»

Bolivia, que es un país que ha hecho grandes progresos en la vigorización y consolidación del gobierno, pacta sin embargo con banqueros de Nueva York un contrato de empréstito que pone todo el control financiero del país en poder de los prestamistas. El empréstito es garantizado por «todos los fondos, rentas e im-

puestos que en adelante se mencionan.» Entre estas garantías está la de todas las acciones del Banco Nacional de Bolivia, todos los dividendos pagaderos sobre el control del mismo banco, y las siguientes fuentes de ingresos: el impuesto sobre los títulos o concesiones mineras; los rendimientos del monopolio del alcohol; el noventa por ciento de los ingresos recibidos por la República del monopolio del tabaco; el impuesto sobre las corporaciones que no sean mineras o bancarias; el impuesto sobre el interés de cédulas hipotecarias; el impuesto sobre las ganancias netas de las compañías mineras; todos los derechos de importación, el impuesto adicional de importación y todos los derechos de exportación; una primera hipoteca sobre dos de los ferrocarriles en construcción y promesas sobre el producto neto de los ferrocarriles. Si los rendimientos de todas estas fuentes de ingresos que la República compromete al servicio y garantía del empréstito, no fuesen iguales a un total equivalente a una vez y media de la cantidad requerida para el servicio anual del empréstito, inmediatamente ofrecerá a los banqueros ingresos adicionales. Mientras dure el empréstito, la recaudación de los impuestos, rentas e ingresos de la República, será inspeccionada por una comisión fiscal permanente compuesta de tres miembros, de los cuales dos serán nombrados por recomendación de los banqueros, y uno de los dos comisionados así nombrados será presidente y jefe ejecutivo de la Comisión. Un escritor americano definió esta negociación como «un contrato en que se da tanto poder a ciudadanos americanos que hace imposible que los bolivianos mantengan grado alguno de independencia para su patria.» El peligro constante de esta clase de empréstitos es la intervención armada del país de los banqueros en caso de falencia.

El Perú, bajo la dictadura de Leguía, es un caso crónico de empréstitos de esta índole. Podría decirse que es un caso único. En los nueve a diez años que cuenta de existencia la dictadura ha hecho diez empréstitos en el extranjero y hoy mismo está en el mercado de los Estados Unidos, por un nuevo empréstito de \$ 5.000.000. El dictador es manirroto, tanto por su propio carácter como por el carácter de su dictadura, que vive de la venalidad y la corrupción. Estos empréstitos se han destinado a obras improductivas, al pago de los déficits sucesivos del presupuesto, a la amortización de deudas pendientes y al derroche de la dictadura. Todas las fuentes de ingresos del país están gravadas y comprometidas al pago y garantía de estos empréstitos y todas están al mismo tiempo y con el mismo fin en manos de los prestamistas extranjeros. Las rentas dadas en garantía no pueden ser modificadas mientras dure el empréstito. El último empréstito de la dictadura peruana es de \$ 100.000.000, cuya garantía es «la totalidad de los impues-

tos», que recauda y administra un organismo creado al efecto, controlado por los banqueros, la Caja de Depósitos y Consignaciones, la cual recauda los impuestos creados y por crear y destina su producto preferencialmente al servicio del empréstito, que se hace por conducto de los banqueros prestamistas, J. & W. Seligman & Co. y el National City Bank, de Nueva York, agentes fiscales. El solo detalle del costo de estos empréstitos (lo que pierde el Perú en dinero efectivo por su adquisición), por sí solo escandaloso, da idea de lo que significa este sistema de empréstitos de la dictadura como factor de ruina para el Perú.

El Departamento de Estado controla el negocio de los empréstitos a gobiernos extranjeros en el sentido de que ningún empréstito se hace sin su consentimiento. El consentimiento del Departamento de Estado otorgado a los empréstitos de la dictadura peruana, por ejemplo, lo hace cómplice de la dictadura en sus conspiraciones contra la independencia, la soberanía, la seguridad y los intereses del pueblo del Perú, víctima impotente de las locuras

de un autócrata irresponsable. Uno de estos empréstitos de la dictadura peruana parece que jugó un papel decisivo en la suerte del reciente tratado de límites con Colombia, cuya ratificación por el Perú, por largo tiempo diferida, fué inmediatamente seguida de la consumación de un empréstito de la dictadura que había estado pendiente o retenido en Nueva York por todo el tiempo de la expectativa de la ratificación, lo que revela las potencialidades políticas internacionales de los empréstitos y del derecho del veto que en relación con ellos se reserva el Departamento de Estado.

Si una conciencia moral presidiera la actitud del Departamento de Estado en estas cuestiones, el Departamento de Estado no haría política con los empréstitos, no explotaría la desgracia de los pueblos americanos que sufren dictaduras irresponsables, mantendría el mercado de los Estados Unidos cerrado para empréstitos como los de la dictadura del Perú, y no permitiría empréstitos como el de Bolivia.

(Gráfico. Nueva York.)
21, Setiembre, 1929.

Velozmente se pasa el automóvil la carretera entre las ruedas—como el vaquero de mano a mano el lazo de la bestia cogida—, acortando la distancia que separa a Madrid del Escorial. Siete lugares rezan las crónicas antiguas. De lado y lado custodia la ruta la misma planicie, monótona y humilde como un tema de música primitiva. El tono bajo de color persiste siempre, con ligeras variantes metálicas. La tierra endurecida oscurece el pensamiento de los árboles, sueltos, ramoneando, como sombras de jamelgos, en pastos secos. Las nubes transportan trozos de cielo...

El Monasterio, cuya aparición estremece como una voz confesional, se destaca al fondo, a mitad bañado por el sol calizo de la mañana. Trocitos de azúcar autojan sus ventanas, alfiles sus torres. Veinte minutos después franquéabamos la puerta que conduce a la Iglesia por el Patio de los Reyes.

Las pisadas resuenan con un eco intolerable de pasos hacia la nada. Las basílicas no tienen, como las catedrales, esa maravillosa luz de linterna mágica (la linterna mágica ya es todo el gótico), que hace menos evidente el destino mortal del hombre. La iglesia, después de Burgos y Toledo, nos pareció fría. Su concepción, y en general la del Escorial, traduce claramente el gusto por el arte romano de Felipe II: el muro franco, la línea simple y la proporción vertiginosa tienen grandilocuencia pagana, aquí, como en la basílica de San Pedro. Hasta la aparición del arte ojival empieza el cristianismo a ser considerado como intimidad. Por una galería alta se llega al coro, donde se ve, al lado de una puertecita, el asiento que ocupaba el Rey, y donde estaba de vísperas cuando le dieron la noticia del triunfo de Lepanto.

Apenas se siente el calor de medio día en este riguroso invierno de piedras. Los portales cruzan las sombras de sus columnas como espadas. Los patios son una suma de desiertos. Nos hundimos en el panteón de los Reyes. Escaleras, bóvedas, paredes, todo de mármol. En un hall circular, donde únicamente faltan las puertas giratorias y los botones vestidos de rojo (decoración de hotel moderno: alguien pregunta ¿Este es el Hotel Alfonso XIII?), se ven los féretros de los reyes con sus respectivos nombres. Personalmente nos llevamos la impresión de una tienda subterránea de ultra-

Idearium de España

(Véase el N° 11 del tomo en curso)

2.—El Escorial

marinos, donde como jamones cubiertos de papel plateado, se exponen al hambre popular, las cenizas de los ilustres muertos.

Por las ventanas se cuele el aroma de los cipreses. Hay algo de Felipe II en el perfume del ciprés. Detalle inútil es que los guías adviertan que el panteón no es obra de aquel Señor pequeño en contacto de los hombres y soberano en la inmovilidad, el aislamiento y el silencio.

Después de almuerzo visitamos la biblioteca y sus habitaciones. Un monje, Dios le dé el cielo, nos permite pasar la mano por una página de Santa Teresa. Dentro del Escorial, sólo aquel manuscrito rugoso, escrito con tinta que va tomando color sanguinolento, conserva algo de tibias manos de dulces ojos y otoñales oros. Allí mismo se ven en los escaparates, los libros de Alfonso el Sabio, la primera edición del Fuero Juzgo y una traducción de la Biblia, escrita a mano, con más de siete mil ilustraciones. Una cara de codex mexicano abre su mundo extraño, al lado de un librote de astro-

nomía. Loros verdes, rojos, de oro, de plata, estrellas de mar e indios pintados como troncos de árboles, con el cabello hirsuto y los ojos pestañudos. América es en España lo infantil. Un español que viene de América, es un niño, como un americano, para los coterráneos que en la frente arrugada parecen llevar el Escorial, como en los billetes de veinticinco pesetas.

Pero sigamos la visita con las habitaciones de Felipe II, cuya humildad es hija de grandeza sin par. Construidas entre el desierto y la iglesia, el Rey moraba entre la ardidez incorruptible de la tierra y los símbolos de su religión. Desde su cama asistía a la misa de alba, mientras por los patios cruzaban los seminaristas como ruiseñores presos. En el salón de audiencia queda un taburete sudado como una muleta, en el que descansaba la pierna gotosa, taburete que fué el imán que atrajo, como arenillas, las piedras para montarlas en ordenado y grandioso concierto, hasta parar al pie del Guadarrama esta fábrica; que atrajo después huesos y cenizas de mártires, y por último, de diversos puntos de España, los despojos de sus Reyes.

Un viento negro arrastra las piedras que no habrían movido cien yuntas de bueyes, y las reliquias, astillas entre las piedras, y los despojos reales, cuyo séquito de antorchas, alumbraba en lo más hondo de la noche, a un Rey pálido, de ojos claros, casi blancos, vestido impecablemente, que, cojeando, con el imán de aquel taburete en la mano, conmueve el mundo, desde las entrañas de la tierra, hasta las cimas de la gloria.

El, reumático, no podía concebir otra arquitectura que ésta sin adornos, a grandes planos, inhospitalaria y hasta con cierto rencor para el hombre de acción.

Felipe II comía solo y se chupaba los dedos—su gusto por lo maravilloso de que habló Baltasar Gracián—, se chupaba los dedos untados de soledad sideral, encerrado en la octava maravilla del mundo.

De regreso, viendo en el cenicero del crepúsculo como un relieve el Monasterio, recordamos haber conocido en una de sus salas a un extranjero que responde al nombre de Domenico Theotocopouli...

Las llamas del crepúsculo en la llanura castellana, son ya el Greco.

El Escorial. 1929

NUEVA PUBLICACIÓN

Acaba de aparecer la 2.^a edición de la *Historia del Derecho* del Licenciado don Alberto Brenes Córdoba, ampliada y puesta al día.

De venta en las librerías Trejos, Lehmann y Alsina, y en la tipografía «Gutenberg».

Precio para el exterior: \$ 2.50 oro am.
Diríjense al Adr. del Rep Am. Correos:
Apartado Letra X. San José, Costa Rica.

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

Derecho Civil:

Tratado de las Personas.

Tratado de los Bienes

Tratado de las Obligaciones y Contratos.

Los 3 tomos, \$ 25.00
Para el exterior, \$ 7.00 oro am.

y 3.—Madrid

Hablamos de Madrid como de los países submarinos que conocemos por los mariscos y las fotografías. La realidad submarina, como la madrileña, es tan especial que comparada con la realidad de otros medios cósmicos, resulta más exacto catalogarla entre lo que casi es sueño. De aquí que en Madrid y en el resto de España, la realidad tenga un valor tan secundario. El prójimo que tiene asegurados con holgura el pan y el lecho, al igual del que vive a merced de los elementos—montes de piedad y piadosos amigos—, hacen muy poco caso de sus situaciones, ambicionando... ellos mismos no saben qué, pero en todo caso algo que anda por las nubes. Esta actitud del español, y en especial del madrileño ante la vida, explica su división del tiempo distinta de la del resto de los mortales: en Madrid, la noche se hace día y el día noche. La sombra de las horas nocturnas es más propicia que la claridad diurna para soñar.

Ventana en la Calle de Alcalá. Madrid caliente, vestido de azul. Los palacios ríen a las nubes. Los tranvías corren, se paran, se paran a veces uno tras otro, como si en plena ciudad quisiesen jugar al tren. Los gendarmes tejen un mantón con el tráfico denso de la Puerta del Sol. La voz de seda de la que vende flores alterna con la estridente del vendedor de mariscos. A lo lejos, un pedazo de la tarde que da color de pan rojo a la calle de Preciados. Una mujer morena vestida de blanco (la horchata), nos acoge. Es una enfermera con las manos de hielo para el pobre afiebrado. Un vaso, dos, tres... El estómago debe creer que estamos encalando la casa por dentro.

Los escaparates salen a decir al que pasa lo que el dueño del almacén quiere. Y el transeunte repite a cada rato: ¡Sí, ya lo sé! ¡Sí, ya lo sé!, ¡ya lo sé que aquí hay medias! ¿Para qué pusieron tantas? Es un diálogo sin palabras entre el tendero invisible y el que pasa. El escaparate de América, hasta en éste somos España, es hijo legítimo del escaparate rococó español, cuyo abolengo artístico con razón puede ufanarse de *El Transparente* de la Catedral de Toledo, y otras joyas churriguerescas.

Una gran sombra verde nos rodea, el Retiro. Entre el susurro de las hojas se cuele el ruido de la ciudad, que de lejos diríase una mujer tímida. Los árboles concluyen por borrar la perspectiva urbana. Al fondo de un lago artificial líquida sus existencias el sol en cegadores y brillantes reflejos. A medida que la tarde cae, los colores de los celajes toman en el agua con solidez de porcelana, un tono bajo. Sin sentir cambiamos de lugar: ahora vemos el lago debajo del lago. Nos deslumbra una cúpula habitada por algo que al principio semeja un velo de algo flotante, humo de diversos colores, combinados como los licores de un *cock-tail* gaseoso que poco a poco fué fijándose hasta descubrir en nuestros ojos asombrados los frescos de Goya en su pequeña tumba de San Antonio de la Florida. Madrid sin estas pinturas perdería una gran parte de su encanto. Valen las de Miguel Angel de la Capilla Sixtina.

Por las espaldas del silencio corren gusanitos de emoción. Alas... Mujeres de no muy buena vida... San Antonio... Todo tan divertido del milagro de su existencia.

En París se encuentran a cada paso parejas abrazadas en plena vía pública: en plena Vía Láctea se encuentran abrazadas las parejas en los frescos de San Antonio de la Florida, las

cabezas recostadas una en otra, como sosteniendo el mismo pensamiento, los ojos sombreados de horas nocturnas, poblada la ceja y en los labios entrecortado un beso. (Grupo de Arcángeles.)

El movimiento de los brazos, la actitud dócil y voluptuosa de las figuras echadas hacia atrás, hacia el muro de la calle donde esperan al asalto del hombre; y en otras, el cansancio voluminoso de los párpados, las manos juntas como estrujando una pena inútil, y los cuellos doblados de fatiga sin encontrar apoyo, todo envuelto en la santidad de los cielos, en un lejano olor de polvos, como las mejillas de las cortesanas muertas.

Madrid despierta de verdad, a su única vida a las siete de la noche. Las cabezas de los edificios lucen peines de luces cubiertos de finísimas mantillas de sombra. Las calles iluminadas se alinean como collares en el brazo de un vendedor ambulante.

De noche Madrid da el bienestar de una buena noticia y por eso alegra al más descorazonado y hace que los que viven allí, se sientan maravillosos, es decir madrileños. Ser madrileño, como ser parisiense, son aptitudes con que se nace poeta u orador. La aptitud para lo maravilloso distingue al madrileño, la aptitud para lo agradable al parisiense, aquél es un prestigeador que se engaña a sí mismo, éste un escéptico que engaña a los demás. Un autor contemporáneo habla de la pobreza y de la riqueza como aptitudes. El que nace con aptitud de rico, al quedar pobre instala una

pobreza de millonario y viceversa, el que nace con aptitud de pobre al enriquecer instala una riqueza de pobre. Algo de esto entonces con el madrileño y el parisiense, que obligados a vivir fuera de sus centros, en un pueblo pequeño instalan una aldea de parisiense o madrileño, así como el provinciano que trasladado a una de esas capitales, sin aptitud para habitarlas, instala en ellas un París o un Madrid de aldea.

La noche es una prolongación sideral del telégrafo. Los periódicos traen noticias de aviadores perdidos. Un perro se eriza ante el anuncio mural de una película a lo Doctor Caligari. La mano de hoja de parra arrugada de un mendigo cubre el sexo de la esquina. El sereno tiene el ombligo de oro. Los reflectores de los automóviles llenan de un licor dorado las copas en las mesas de las terrazas de los cafés. Los mismos reflectores, más adelante, hieren de muerte la sombra de un caballo, como la cornada de un toro. Aplauden las hojas de los árboles que para la corrida nocturna se han pagado sombra. ¿Toreros?... Los relojes de pulsera a cuadrantes luminosos.

Noche dos: Salimos del Museo del Prado con las Meninas de la mano. A pasitos de gato recorremos la parte vieja de la ciudad, donde se rasga el pecho una guitarra ciega de incurable ceguera de amor. ¡Ay, aquella mujer ya sin cabeza ni pies, más ensangrentada que un Cristo, que en vano busca el fondo de aquella gran boca de hombre abierta de par en par, en aquel capricho de Goya!

Y esto mismo diríamos tal vez la noche mil.

Miguel Angel Asturias.

Madrid, 1929.

Del hombre-sentado y del hombre-en-pie

= De Patria. San Salvador =

Dos actitudes corporales hay, que son esencialmente humanas: la actitud sedente y la actitud vertical,—el cuerpo y el alma, el reposo y la acción, el pedestal y el obelisco. Porque ningún animal se sienta como el hombre, ni se yergue como él se yergue.

No obstante, en el hombre que es de veras hombre, la actitud meditativa sólo debe servir de preparación a la activa, a la posición vertical, que es la actitud humana por excelencia. La diferencia entre estas dos posturas primordiales es más trascendental de lo que a primera vista podría suponerse: constituye la zona de demarcación, la línea divisoria entre dos diversos tipos de hombres, dos clases de humanidad opuestas y complementarias; la «línea de aguas» que separa las dos vertientes de la cordillera humana: la vertiente de los *hombres sentados*, y la de los *hombres-en-pie*.

Hay individuos, en efecto, que no se levantan nunca de su poltrona interior; hombres arrellanados dentro de sí mismos, cómodamente instalados en los cojines y almohadones del alma, arrollados sobre sí mismos como calabotes, macizamente y para siempre. Son los hombres *satisfechos de ser*, los que rumian eternamente una beatífica digestión espiritual, porque su aspiración no les ha llevado nunca a desear ser otra cosa que lo que son: para ellos, el mundo entero está limitado y definido por su propia superficie cutánea. Conciben la vida como cosa que estática y no dinámica, esto es, como *cosa*, y no como *ser*. Se desarrollan en el espacio, no en el tiempo; *están*, no *son*. Y es que *creen que son*, sin compren-

der que *no se es nunca*, sino que siempre *se va a ser*.

Tales hombres pueden ser médicos, o comerciantes o jueces, o banqueros, o generales, o arzobispos: pueden ser—¡horror!—hasta poetas. Pero todos poseen, como rasgo común e inconfundible, el de *ser aquello* y nada más, el de *ser aquello* definitivamente y para siempre. Han conquistado una posición, una dignidad cualquiera, sin reparar en que ha sido la posición—o más bien la *postura*—la que les ha conquistado a ellos: la que, de hombres que eran, les ha convertido en «El Señor Juez», o «El Señor Arzobispo», o más sencillamente «El Poeta», con *Pe* mayúscula: para tales hombres no hay ya redención posible, porque han abandonado la vida para entrar en el Catálogo. Han triunfado; «han llegado», como ellos mismos dicen, sin comprender que en la vida no se llega nunca, ni aún después de la muerte: por eso son ya para siempre, y sin esperanza, Don Mengano y don Perencejo, cadáveres, ilustres cadáveres. Son los *hombres-troncos*, los *hombres-sustantivo*: *son los Hombres Sentados*.

Otros hombres, en cambio, viven en inquietud constante, en la eterna zozobra de no saber lo que son, ni a dónde van, ni lo que quieren; viven en la perenne duda de todo y de ellos mismos: pero viven. Y es que tienen de la vida un concepto *vital*, un concepto dinámico y no estático. Saben que la vida no es, según la ciencia, sino una perpetua oxidación, esto es, literalmente una *combustión* de todos los instantes: vivir es, real y material-

mente, quemarse. ¡Sí, quemarse, arder, vivir!
 ¡No ser nunca, por pensar en lo que se va a ser!
 ¡Vivir en el porvenir, y olvidar el pasado cuando otros lo llaman todavía «el presente»!
 ¡Luchar, siempre y contra alguien, y si no hay adversarios, forjárselos, como don Quijote!
 ¡Revolverse contra sí mismos, en último caso, y arrancarse la vida a dentelladas, hasta que por las heridas brote la llama del alma!
 Hay que llegar a sufrir hasta por la alegría misma, porque la vida se manifiesta en dolor. Así como la ausencia de fiebre en el moribundo hace sospechar al médico que toda lucha haya terminado con la victoria definitiva de la muerte; y así como la fiebre en los enfermos graves constituye para el médico un buen síntoma, porque es un signo de vitalidad aún vigorosa, un signo de *lucha contra la muerte*: así el hombre que sufre es hombre que vive, porque la vida, aun en las grandes alegrías, la vida es eso: dolor. Y así estos hombres que en plena vida se creen muertos, y, muertos, siguen viviendo; estos hombres que sufren por lo que son y por lo que no son, por lo que desean y por lo que consiguen; por ellos mismos y por los demás, por el dolor y la alegría, y por la vida y por la muerte,—éstos son los hombres *que viven*, los que arden interiormente, los que surgen de sí mismos como la llama del cirio, consumiendo las ceras corporales en el pabulo del alma: éstos son los hombres-llama, los hombres-verbo. *Son los hombres-en-pie.*

Y no vaya a creerse que los hombres-en-pie sean necesariamente los más activos. La verdadera acción no es cosa de cantidad, sino de

calidad. Para estar realmente en pie, no basta con afanarse incesantemente, como Marta, tras de menesteres materiales. No basta con barrer y limpiar escrupulosamente la cocina del alma; no basta con hacer relucir esplendorosamente las cacerolas y calderos interiores, si por dentro está el alma sentada, profunda e irremediamente sentada, y bostezando de aburrimiento; en lugar de alzarse interiormente, fina y erecta como una llama sensitiva y palpitante, aunque permanezca el cuerpo en posición de descanso. Así María, inmóvil, sentada sobre las losas a los pies del Rabí, erguía infinitamente como una llama de vida, como una llama azul, como una flor de llama.

Ahora bien, la juventud es vida. La juventud debe vivir. Y todo el anhelo de la juventud debe cifrarse en llegar a constituir una humanidad-en-pie. Porque el hombre-en-pie, aun lleno de vicios y pasiones, y aun siendo verdaderamente malo, es siempre más *vital* que el hombre meramente *bueno*, si es éste un hombre-sentado, un hombre-cojín, un hombre-cosa, un hombre que carece de resortes morales...o inmorales. Vale más un capitán de bandidos—que siquiera es capitán de algo—que un poeta académico. Porque las pasiones constituyen una garantía de acción, y ésta es siempre más fecunda que la inercia. Quiéranlo o no los hombres-sentados, siempre han de ser ellos la materia plástica, la blanda arcilla con que los Hombres-en pie van modelando poco a poco, eternamente, profunda y angustiosamente, la misteriosa estatua del *Hombre*.

A. Guerra-Trigueros

Del interesante Guerra Trigueros, hoy con nosotros, nos habla Masferrer en los siguientes términos:

San Salvador, 26 de Agosto 1929.

Tengo el gusto de presentarle a don Alberto Guerra Trigueros, uno de nuestros valores literarios evidentes, y del cual las letras hispanoamericanas recibirán frutos grandes y bellos, según espero.

Guerra Trigueros va a Costa Rica para imprimir un libro de versos, *El Surtidor de Estrellas*, en el cual usted verá bellísimos poemas. Ojalá que usted seleccione algunas para las páginas líricas del *Repertorio*.

Usted, querido Joaquín, puede ayudarme mucho a mi amigo, aconsejándole sobre la edición de su libro, merecedor de que se le vista hermosamente.

Quizá habrá leído usted en *Patria* algunos artículos de Guerra Trigueros, que le habrán revelado todo su valor como forma, penetración y originalidad. Los tiene admirables entre los que conozco publicados.

Que esté bien, amigo mío inolvidado, y que su cosecha nos beneficie siempre.

A. Masferrer

Romanzas

Romanza antigua

Si vienes algún día a mi tristeza,
 Ya que mi corazón te esperó en vano,
 Déja que en tu hombro incline la cabeza
 Y suavemente estréchame la mano.

¿Sueños de entonces? Pétalos caídos...
 ¡Plumas que ya volaron de los nidos!

La gris melancolía de la tarde,
 Del cielo al campo a descender empieza.
 Una pálida estrella lejos arde...
 ¡Así el recuerdo tuyo en mi tristeza!

Y aunque la noche va borrando el día,
 Algo dice en el alma: «¡Todavía!»

De los naranjos a la grata sombra
 Se oían de un violín gemir las cuerdas,
 ...La misma voz lejana que hoy te nombra,
 Y parece decirte: «¿No te acuerdas?»

Voz que cantaste en cármes risueños:
 ¡Ház revivir los olvidados sueños!

¿Soñar?... Soñemos ambos. Al mirarte
 Se encienden en tu faz vivos sonrojos,
 Como cuando en los labios al besarte,
 Cerrabas, toda trémula, los ojos.

Ojos, de mi ilusión casto embeleso,
 ¡Siempre cerrados al sentir mi beso!

Me contarás mientras la noche avanza
 Lo que un tiempo feliz «pudo haber sido».
 Tal vez sonría entonces la esperanza,
 Y el antiguo dolor quede dormido.

«¿Pudo haber sido?...» Lo que fué, no existe.
 «Fué!...» Lo más doloroso y lo más triste!

Si vienes... Si vendrás! Tu leve paso
 Franca hallará la conocida puerta.

Aún hay néctar para ti en el vaso,
 Y el alma que durmió, ya está despierta.

Y al evocar nuestros felices días,
 Los ojos cerrarás como solías.

Y sin que haya en los labios un reproche
 Mientras la luna es halo de las palmas,
 En el silencio habrá, bajo la noche,
 La conjunción celeste de dos almas.

Almas errantes, bajo torvo ceño...
 ¡Juntas al fin en el azul de un sueño!

En rama que no alegra ya un retoño
 Sus flores abre al sol la enredadera,
 Y es más hermosa la ilusión de otoño
 Cuando le dice al corazón: «Espérame!»

Puede haber una estrella en las neblinas.
 Y alguna rosa en el jardín en ruinas.

La romanza del recuerdo

Melancolía del «ayer»... Sorpresa
 Triste del corazón que fué cobarde...
 Un adiós sin motivo, y que nos pesa
 Cuando volver a la ilusión ya es tarde.

Y el alma dice, al recordar un día:
 «La culpa no fué suya, sino mía».

Talvez, a solas, en el mismo instante,
 Ya sin que llanto a las pupilas fluya,
 Dirá en las sombras otra voz distante:
 «La culpa no fué mía, sino suya.»

Y las dos voces, en callado giro,
 Se unirán, en la noche, en un suspiro.

Y queda en un azul de lontananza,
 Sola, una reja, que un rosal enflora,
 Y lo que fué de dos una esperanza,
 Ya, para siempre, en el dolor se llora.

Y un gemido que en llanto se disuelve
 Diciendo va: «La juventud no vuelve.»

Y enjugándonos lágrima furtiva
 Y en las manos oculta la cabeza,
 Vemos que, como sombra pensativa,
 Se sienta a nuestro lado la tristeza.

Y el alma llora, ante esperanza trunca,
 Lo que ya al corazón no vuelve nunca.

Entonces es el recordar... La ronda
 De lo pasado: La primera riña,
 Su dulce voz, su cabellera blonda,
 Y su adorable ingenuidad de niña.

Y triste siente el corazón herido
 El dolor que nos deja un bien perdido.

«¿Dónde estarás?», nos preguntamos.

«¿Dónde?»

¿Pasas entre los hombres sonreída,
 O callado pesar en ti se esconde,
 Si eres mitad acaso de otra vida?»

Lejana voz de lo que ya no existe:
 ¡Cómo nos llegas desolada y triste!

«¡Siempre!», decimos, y es la voz sincera;
 Juramos: «¡Siempre!», y el jurar no es vano;
 Y no es que el corazón cumplir no quiera...
 Es porque el corazón es barro humano.

El corazón ser fiel siempre ambiciona,
 Mas sin quererlo, siempre nos traiciona.

¿Y para qué culparnos? ¿Y en la vida
 Para qué disculpar promesa vana?
 Se dice adiós, y el corazón olvida,
 Pero también lo olvidarán mañana.

El amor al olvido se eslabona,
 Y en amor sólo es grande el que perdona.

Ismael Enrique Arciniegas

Bogotá, 1929

Los miembros de esa asamblea de gobernantes de Europa han palidecido de horror al oír a Mr. Snowden. Acaso habría podido decir lo mismo sin estremecer a su auditorio. Para eso hubiera necesitado la finura escurridiza de Briand, el arte oratorio de Herriot o la habilidad y la distinción de su viejo rival Mr. Churchill. Mr. Snowden tiene demasiada confianza en su talento y sobre todo, demasiada fe en la eficacia de las palabras inesperadas. Por eso no vaciló en calificar con violencia las declaraciones del delegado francés, ese sobrio y versado Cheron, que entiende de cifras, de cálculos, de la misteriosa matemática de la deuda alemana e interaliada, que va siendo ya el privilegio de unas cuantas personas, como la ciencia de los ritos, de los sacrificios y de los fenómenos estelares constituía en la antigüedad el privilegio del sacerdocio. Lo cierto es que Mr. Snowden es en este ramo complejo un individuo repleto de terribles conocimientos. Y a esta ventaja de técnico, agrega el prestigio asustador de una franqueza incompatible con la cortesía excesiva de los políticos. Dice lo que quiere decir y acostumbra a decirlo con una agria jactancia de domador de fieras. ¿Quién es este estupendo personaje a quien el vasto imperio confió la misión de espantar a los burgueses de Europa? Ha declarado a los colegas a quienes persigue en La Haya que es «la peor lengua de Inglaterra pero el mejor corazón». Las dos cualidades no son fatalmente antagónicas. Lo evidente es que Mr. Snowden no lo ignora y se complace en transmitir a la historia, en una ocasión histórica, ese juicio, que es también el que profesan a su respecto sus propios compatriotas. Lo consideran «genial y bondadoso». Se ha revelado a la vida pública en condiciones que no carecen de relieve dramático. A los veintidós años—nació en 1864—se incorporó a una oficina del estado, y nadie hubiese advertido en ese pacienzudo oficinista, al contemplarlo en su tarea de roer expedientes y memoriales, al futuro propagandista de los mítines en las ciudades fabriles y al censor de ministerios en la Cámara de los Comunes. Sin embargo, el destino le reservaba un papel de conductor de muchedumbres. Un accidente lo invalidó para el trabajo. Deshecho el cuerpo, tuvo que padecer, en una dolorosa convalecencia de años y años, la mortificación de la inmovilidad. Para distraerse, se consagró a la lectura, y así fué elaborándose su inteligencia, cobrando tensión y fiereza su espíritu curtido por el encadenamiento físico. Leía; leía a Marx, a Tompson, a Buckle, a Lassalle, a los contradictores de sus maestros, a los filósofos del nuevo advenimiento. Sin duda Snowden es el más ortodoxo del socialismo inglés, en cuyas filas caben mentalidades tan opuestas como la de Bernard Shaw y Wells, Bertrand Russell y Keir Hardie, y podría haber sin esfuerzo el católico Chésteron o el más riguroso aristócrata. En los demás países—desde Alemania hasta la Argentina,—el socialismo supone no sólo una profunda coherencia de principios, de dogmatismo casi confesional, sino algo más difícil y más excluyente, que es una coherencia psicológica. No se concibe en Berlín, en París, en Buenos Aires, entre socialistas unidos en la comunidad de acción, disparidades de criterio sobre problemas morales. En Inglaterra no ocurre eso. En el núcleo laborista del parlamento, se sientan ancianos coroneles que han hecho el servicio imperial en la India, que cuentan en los pasillos cuentos heroicos; pastores que opinan místicamente sobre la modificación del

La dramática asamblea de La Haya

El hombre que turbó la fiesta



Mr. Phillip Snowden

Libro de Oraciones; publicistas que pueden escribir en el *Times* sin torturar su conciencia. El socialismo inglés está hecho de retazos, de agrupaciones inconexas, de entidades humanitaristas o de esclarecimiento cultural, como la sociedad Fabiana. Coinciden en algunos propósitos esenciales, de índole positiva, y fuera de los cuales, cada afiliado conserva su libertad para filosofar, para ser deísta o teósofo, para atacar a Darwin, como Bernard Shaw, o para defenderlo como en el caso de Wells. Es un socialismo sin exigencias y sin compromisos excesivos, desdogmatizado y libre.

Snowden se acerca más al revolucionario clásico. Cultiva la «ferocidad» en el discurso. Al desperezarse de su enfermedad, quedó para siempre con la salud debilitada. Necesita de una prodigiosa fortaleza espiritual para sobreponerse a su sufrimiento continuo, a sus dolores incesantes. Y vence ese martirio con la pujanza de sus nervios, con la presión de su voluntad de hierro. Débil, tambaleante, flaco, con una sonrisa amarga en los labios, corre de lugar en lugar para refutar una exposición sobre el presupuesto, para dar cuenta a sus electores de un «proyecto terrible», perora en la cámara, y todavía encuentra tiempo para escribir un libro tan bueno como *El impuesto a la vida* para disertar en una sala sobre el feminismo, en una reunión presidida por su mujer. Al anunciar su participación en un debate de la Cámara, la gente de las galerías como la del recinto se

Alberto Gerchunoff

(Caras y Caretas. Buenos Aires)

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

recoge, se prepara a asistir a un espectáculo parecido a una catástrofe cósmica. Y esto acontece, invariablemente, cuando se cree haber llegado a un avenimiento, a eso que en política se llama una coincidencia y es habitualmente una dilatación de lo impostergable. Mr. Snowden se yergue entonces en su magrura conmovedora y deshace el arreglo, siembra la tempestad con el viento de sus números, ofendiendo sin querer ofender, hiriendo sin querer herir, «genial y bondadoso», según la definición de sus conciudadanos. «Jamás se ha llevado a cabo—dijo en una sesión de abril de 1929—una transacción tan escandalosa, por ningún ministro, como la que se hizo en el arreglo de la deuda con Francia.» ¿No habrá contribuido, con su valor de vocablos gruesos, esa afirmación, a la victoria laborista, que lo ha conducido al ministerio del Tesoro? Los periódicos franceses lo consideran más por socialista que por inglés, sistemáticamente hostil a su causa. Y ello proviene, probablemente, de su actitud durante la guerra. Cuando estalló la conflagración, Snowden se hallaba en Australia, y allá condenó la guerra «como una calamidad fatalmente originada por la anarquía económica», e hizo, desembozadamente, propaganda pacifista, con la vehemencia, la intemperancia, la intensidad biliosa que forma el fondo de su carácter. Al regresar a Londres, no ocultó lo que hizo en Australia, lo cual le trajo la derrota en las elecciones. Se multiplicó con más fuerza en los mítines, en los periódicos, en los folletos, hasta que volvió, en 1922, al escaño parlamentario y reanudó sus ataques, sus críticas, sus tremendas controversias. Conservadores y liberales saben que ese viejecillo claudicante, debilucho, a veces apoyado en muletas, de ojos febriles, de gritos convulsivos, de locuacidad veloz, desfalleciente y dinámico, representa un poder, no ya el poder que le confiere la masa que lo votó, que lo aclama, sino el poder de la entereza moral, el hábito de sinceridad sin vestiduras agradables. No es de esas personas que guardan secretos, que respetan la confidencia murmurada en el circulillo íntimo, mientras se toma el café y se fuma blandamente un cigarro. Mr. Snowden cuenta todo, se vale de todo, utiliza los argumentos menos previsibles. Y con ese temperamento incontenible, con esa modalidad de espantachicos, se apareció en la solemne y tiesa asamblea de La Haya, en un ambiente de saloncitos de divanes de reps, propicios al entendimiento confidencial, y revolvió la atmósfera, sacudió la compostura diplomática, embistió al plan elaborado trabajosamente por el congreso de economistas de París. ¿Significa esa brusquedad, esa acometida, que aplaudió unánimemente el pueblo británico, una definitiva ruptura de la «entente cordial» y el síntoma de perturbaciones internacionales, precisamente en la hora en que se esbozan fórmulas líricas de una venidera y próxima federación de los Estados Unidos de Europa? No hay que creerlo. El mundo ha aprendido mucho, y el mundo avalorará a su vez la trascendencia de un hombre como Snowden, que es capaz, tenga o no tenga razón, de no esconder su verdad, lo que considera una verdad, y que lleva en sí el provecho social de una remezón, fecunda con frecuencia como la fuerte lluvia y con frecuencia inquietante como un huracán. Mas la verdad, que es la única superstición respetable, nunca es inútil, aun al revestirse con el aspecto ríscoso de la elocuencia de Mr. Snowden. Mr. Snowden, el hombre que turbó la fiesta de La Haya, como el espectro de la miseria que turbó el festín simbólico en la pequeña tragicomedia de Jules Marsolleau.

EN su primera plana del número del domingo, con un fervor del cual algo ajeno a los intereses materiales se desborda, *El Sol* anuncia la publicación en sus columnas de narraciones breves de la gran cuentista Catalina Albert, cuyo seudónimo *Victor Catalá*, célebre en las letras ilustres de Cataluña, empieza a tener fuera de los especialistas valor de cifra óptima. Con este anuncio el gran periódico liberal reivindica para sí el concepto de que ya el diario no puede ser mero repertorio de noticias o comentarios, sino libro desplegado, espejo del mundo, y restituye además al cuento, tomado por tantos como género fácil y propicio para las malas prisas, el rango superior que en el género narrativo le corresponde.

Con Emilia Pardo Bazán, Leopoldo Alas y Vicente Blasco Ibáñez entronca la nota de *El Sol* a la autora de *Dramas rurales*, *Cayres vius*, *La mare Balena* y *Ombrivoles*. Del naturalismo tiene Catalina Albert la justeza de elementos externos, la fidelidad al natural de comprobaciones inmediatas; pero lo que singulariza su arte es la dimensión profunda, la ternura, la vibración amorosa que, sin adjetivaciones excesivas, sin retórica visible, infunde a sus paisajes y a sus figuras. Por esa emoción de piedad y por la sobriedad a un tiempo maternal y viril de sus relatos adquiere su ruralismo categoría universalista. Sea cual sea la extensión, las cualidades son idénticas. Y lo mismo en sus cuentos más cortos, como *Pelife*, que en los de desenvolvimiento menos precipitado —*Novelita*—, que en su inolvidable novela *Solitud*, el poder de implantar las figuras con trazos firmes, de iniciar y desarrollar la intriga, de espiritualizar la atmósfera y de relacionar alma y carne con piedras, con árboles, con ríos, con rocas y con objetos, penetra al lector, dándole en seguida la conciencia de que se halla ante uno de los grandes escritores de todos los tiempos.

Se ha dicho muchas veces que el cuento se aviene mejor que ninguna otra forma narrativa a la vida presurosa de hoy. Obras cíclicas, cual el *Juan Cristóbal*, de Roland, o la de Proust, pugnan con esta atención atomizada, producto de un dinamismo febril, relampagueante en exigencias y en tentaciones. Por otra parte, el cuento puede dar al lector la impresión de to-

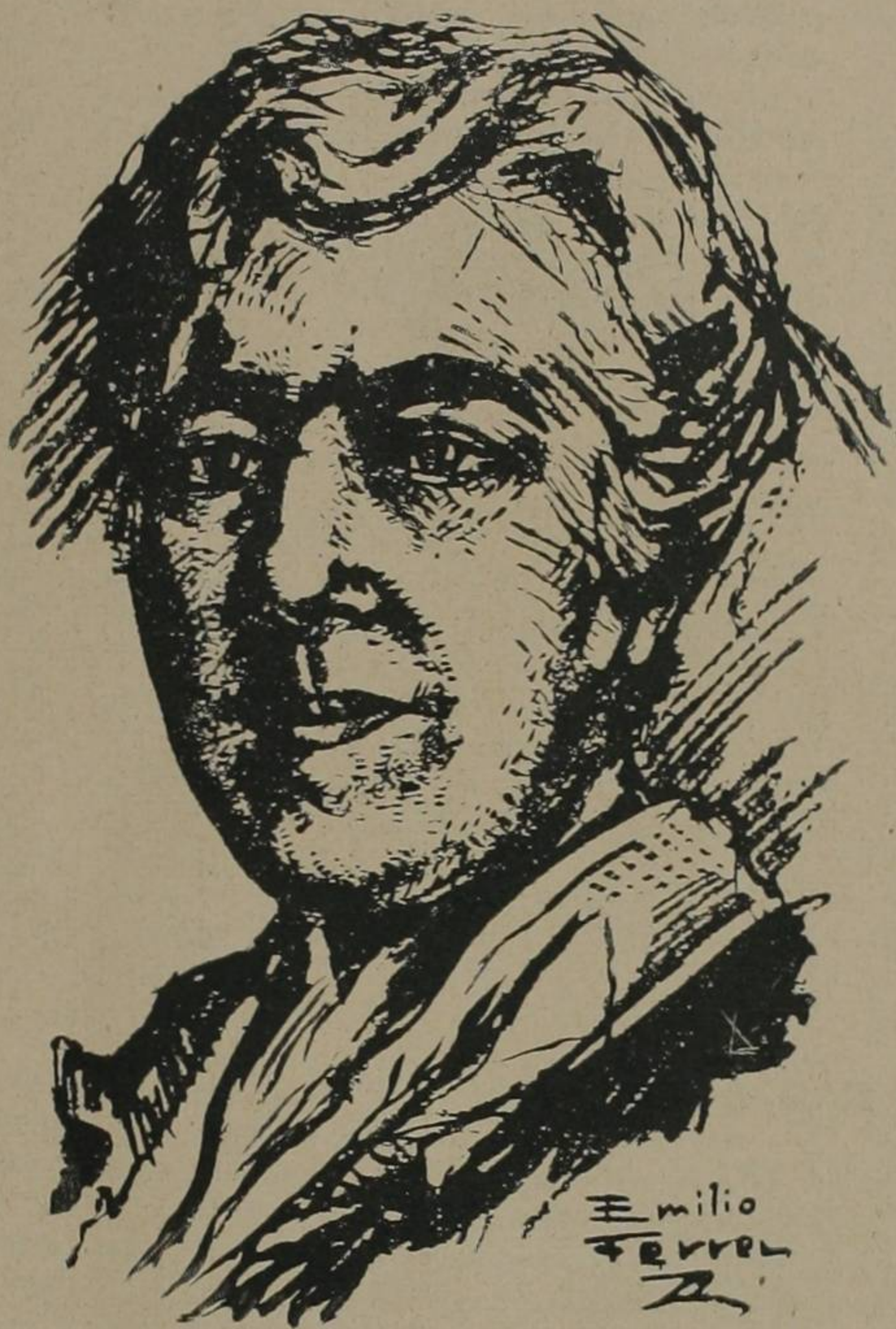
Vi con placer en *El Sol* el anuncio de que iba a publicar cuentos de *Victor Catalá*. Estoy seguro de que los lectores de más paladar literario se preguntarán cómo la literatura de *Victor Catalá* no es más conocida cuando vayan leyendo los cuentos de la insigne novelista catalana. No ignoran los lectores que *Victor Catalá* es el seudónimo de una escritora: doña Catalina Albert y Paradís.

Algo de *Victor Catalá* se ha traducido al castellano. El catedrático de Literatura del Instituto de Barcelona, D. Francisco Javier Garriga, hizo una traducción de *Solitud*, la novela extensa de Catalina Albert. En la Colección Universal de Calpe hay un tomito que ofrece una selección de los *Dramas rurales*,⁽¹⁾ tomados del libro de este título (*Dramas rurales*) y de una colección semejante: *Ombrivoles*. En esta versión, de Rafael Marquina, están bien elegidos los cuentos. Son breves lienzos novelescos,

(1) Adquéralo, lector. Cuesta € 0.75.

Los cuentos de *Victor Catalá*

=De *La Voz*. Madrid=



Victor Catalá

talidad que la novela más extensa. Algunos de Poe, de Maupassant, de *Victor Catalá* ejemplarizan este aserto. El cuentista ha de tener dotes que el novelista no necesita tan quintaesenciadas. Todo en el cuento es vital, y donde el interés se extravíe por un pormenor excesivo o por una insuficiencia, allí está la herida de que ha de morir. En pocas líneas ha de presentar el lugar, los rasgos materiales y anímicos de los personajes, los antecedentes de la acción. En el cuento no se puede, como en la novela, complementar con toques espaciados la fisono-

A. Hernández Catá

de un intenso realismo, de una penetrante fuerza patética y de una bella sobriedad artística que pueden codearse con las mejores obras del género.

Una asociación fácil hace pensar en Gracia Deledda, laureada recientemente con el premio Nobel, cuando leemos a *Victor Catalá*: las dos mujeres, las dos cultivadoras de la nota regional y la nota rural, y hasta aproximadas por cierta analogía de costumbres y de psicología entre el campesino sardo y el *payés* de la montaña catalana. Pero creo que por el dramatismo de los asuntos y la manera de verlos, por el nervio del estilo y la segura pincelada, tiene acaso más parentesco *Victor Catalá* con algunos autores sicilianos como Verga y con el mismo Pirandello, en su aspecto de autor de novelas cortas, eclipsado por el ruido de la fama teatral, pero el más sólido de su personalidad literaria. Entre la literatura catalana y la italiana hay visibles analogías, como si entre

mía borrosa o incompleta en su primer esbozo. El toque de ensayo ha de ser toque definitivo, y tras la fachada de limitada superficie, sólo contadísimos números es capaz de ordenar, con el pretexto de una anécdota, la cosmología que todo gran artista revela en sus obras. Sumando las más varias literaturas, el nombre de los cuentistas de excepción se cuenta con los números dígitos, y para contar el de los novelistas ha de pasarse a las decenas. Entre esos elegidos está, sin duda, Catalina Albert.

Claro es que así como las facilidades editoriales han desacreditado a las novelas, las exigencias de las revistas y los diarios tienden a desacreditar el cuento. Mas este descrédito no atañe a las verdaderas novelas ni a los cuentos verdaderos, sino a la balumba de engendros que abusivamente toman sus apariencias. La brevedad, que debiera infundir escrúpulos medrosos, y que de seguro los infunde a la inteligencia, se convierte en engañoso imán de la estupidez osada. De aquí que tanto falso cuento se publique a diario. *El Sol* va a reparar con los de *Victor Catalá* algunos de esos delitos de lesa literatura. Felicitémonos.

Aun cuando la nota de *El Sol* carezca de intención crítica y se refiera exclusivamente a las letras peninsulares, creemos oportuno ensancharla para que no queden en injusta sombra tres cuentistas americanos tan grandes como los tres a quienes se vincula en ella el nombre de Catalina Albert. Javier de Viana y Horacio Quiroga, uruguayos, y Ventura García Calderón, peruano, han escrito cuentos admirables. Y en la riqueza proindivisa del idioma su localismo no es de tal naturaleza que los excluya del fondo común de la literatura hispánica, para bien de ésta. Este leve reparo no empaña el acierto; y de no tratarse del periódico que con sentido más generoso y comprensivo y eficaz trata los problemas de América, contribuyendo con la difusión de su conocimiento a la causa real del hispanoamericanismo, quedaría en el tintero. No quede en él el ruego de que la traducción de los cuentos de *Victor Catalá* sea encomendada a escritor digno de tal obra, y menos aún la ansiedad con que los amantes de las buenas letras aguardamos ese regalo.

estas gentes mediterráneas se hubieran establecido por el trato histórico corrientes o cambios de sensibilidad.

De los escritores españoles o castellanos modernos (me refiero a la lengua, al instrumento filológico), *Victor Catalá*, recuerda más que a otro alguno a Blasco Ibáñez, al Blasco de *La barraca*, *Flor de Mayo*, *Cañas y barro* y de los cuentos valencianos. Los cuentos o novelitas de *Victor Catalá* — pues el cuento moderno suele ser un rasguño novelesco que no se distingue de las obras extensas más que en el desarrollo— están a la altura de las producciones de los mejores cuentistas europeos.

A mi parecer, el que la fama de *Victor Catalá* no tenga el extenso radio que correspondería a una personalidad literaria tan relevante puede explicarse por distintas causas, unas propias de la evolución de la literatura catalana, otras del apartamiento entre las literaturas pe-

ninsulares. El catalán ha venido a ser históricamente una lengua regional, aunque tenga expansiones entre los catalanes de Francia y los emigrados a América. Por la cultura de la región y el vigor de su renacimiento literario ha logrado formarse públicos de algún volumen; pero su circulación universal es escasa.

A la literatura castellana, que por antonomasia llamamos española, correspondía, por ser la de mayor volumen e importancia y por poseer el instrumento filológico más universal, actuar de mediadora entre las literaturas regionales y las literaturas y los públicos de otros países, en la medida en que pudiera hacerlo, con traducciones y estudios.

Hay más traducciones castilianas de obras catalanas de lo que se cree; pero por la escasa afición al estudio de las lenguas vivas, y por no haber dado bastante importancia hasta época reciente a las literaturas regionales, ese movimiento de divulgación (que no impide las traducciones directas) no ha adquirido la amplitud que convenía. Se ha de tener presente, en disculpa de las omisiones, que la nueva literatura catalana ha tenido un crecimiento muy rápido, y, por otra parte, que hasta hace poco la propia literatura castellana luchaba con una difusión

bibliográfica escasa, aumentada considerablemente en los últimos veinticinco años.

* * *

Victor Catalá es de 1873, de la provincia de Gerona; se dió a conocer en 1898 en un certamen local. Creo que sus primeros ensayos literarios fueron poéticos. Pertenece, pues, a una generación intermedia que ha sido arrollada por el gran salto que dió la literatura catalana en estos últimos años, en los cuales la producción en todos los géneros, desde los de ficción a los eruditos, se ha multiplicado extraordinariamente y el tono general de la literatura, dentro de su variedad, se ha ido volviendo cada vez más europeo, desarrollando sus elementos de universalidad y apartándose de la nota local. En recientes libros catalanes, como los *Put xinellis* de Pedro Corominas, las *Tres comedies* de Carlos Soldevila, las *Relacions* de José Pla y las confesiones, de tan penetrante dramatismo psicológico, que con el título de *Camins de Franca* está publicando Puig y Ferré en la *Revista de Catalunya*, me parece vislumbrar el triunfo de la tendencia europea sobre la ten-

E. Gómez de Barquero

(El Sol. Madrid.)

dencia local o vernácula, que quedará como una especialidad.

Los catalanes quieren en su movimiento literario seguir las huellas de las grandes literaturas europeas (la influencia de la francesa me parece muy visible), y no limitarse a los asuntos de una literatura menor que busca el colorido propio en el localismo.

Por otra parte, la importancia metropolitana de Barcelona ha hecho que haya en Cataluña su provincialismo, y que los escritores barceloneses o establecidos en Barcelona sean los que gocen de mayores facilidades para la conquista y la conservación de la celebridad, como pasa en Madrid y en general en las grandes capitales.

Todo esto que pienso para explicarme que no tenga mayor difusión en nuestros públicos la obra de *Victor Catalá*, ni suene más su nombre en el movimiento literario catalán, es conjetural, es un ensayo de explicación. *El Sol*, al publicar los cuentos, no sólo va a ofrecer a sus lectores el regalo literario de tan notables narraciones, sino que contribuye a una obra de cultura difundiendo las obras menores de un autor que es uno de los positivos valores de la novela peninsular.

García Monge

=De Universidad. Bogotá.=

Ningún homenaje más perfecto puede rendirse a Costa Rica en el día de su fiesta nacional—15 de septiembre—que el de recordar la gran figura del benefactor de las letras en América, don Joaquín García Monge. Por ese motivo, hemos solicitado de L. E. Nieto Caballero el artículo que se publica en seguida y cuyos conceptos hace suyos Universidad.

Todo lo que Costa Rica tiene de acogedor, de ampliamente intelectual, de generoso en el concepto acerca de las repúblicas hermanas, pudiera hallarse simbolizado en Joaquín García Monge. La capital galante, encantadora de la bella república, tiene algo más que escaparía a ese símbolo: el viento de París, la sociedad alegre, las reuniones donde se derrocha ingenio, las charlas de café, los mentideros políticos. Alla, como aquí, hay una amable frivolidad y un gusto subido por las conversaciones en que se repasan, comentándolos con exageración latina, los hechos de la vida diaria.

García Monge no tiene el espíritu de fiesta. Para él es una tortura vestir el frac y malgastar el tiempo. Él representa la parte seria, trascendente, de trabajo metódico y continuo, en una república donde abundan los letrados y de cuyas prensas salen en admirable profusión libros de versos, crítica, historia, problemas de educación y ensayos filosóficos. Vive para el estudio y la divulgación de doctrinas que llevan el ritmo de la inquietud contemporánea. Es un lector voraz que gusta del silencio, de la tranquilidad, casi del escondite, en donde se elaboran los nobles pensamientos.

Ha pasado por altos puestos públicos, pero acaso el de su predilección es el que actualmente desempeña, de director de la Biblioteca Nacional, en donde desarrolla una inmensa labor educativa. Allá lo vimos en la dulce faena. No es un simple ordenador de libros, ni un hombre que guste solamente de que estén bien hechos los catálogos. Él quiere que la Biblioteca tenga algo de la orientación de una escuela. Como simple ejemplo bastaría el salón en donde ha distribuido las obras infantiles: ciencias recreativas, obras de imaginación, dibujos, cuadros, relaciones de viaje.

En torno de una mesa redonda, de respetables dimensiones, observamos una vez a los pequeños: leían, reían, movían los lápices inquietos, tratando de copiar las imágenes de un libro. Para ellos la Biblioteca es como un carrusel. La música la oyen interiormente. Las vueltas va dándoles, no sobre caballitos de madera, sino en las espaldas de los genios del mundo, recogidos en colecciones como la de Araluze, por tierras distantes y por tierras imaginarias, regocijados los ojos con la visión de panoramas de maravilla, de personajes grotescos o risueños, de animales curiosos.

Lo que García Monge ha organizado como recreación es

enseñanza. Allí aprenden los niños voluntariamente muchas de las cosas que escaparon a su atención en la escuela. Tienen en el Director de la Biblioteca a un hombre que gusta de ellos, que los mima, que los divierte, que les indica rumbos. Sabiamente les gradúa las lecturas. Los niños no se dan cuenta de que se están ilustrando. Han ido al salón lleno de libros como hubieran podido ir al parque. Y en el ambiente sosegado, donde el aire es puro, y donde son puros los ojos y el corazón del hombre que los contempla, sus juegos son de índole distinta de los juegos de afuera, que robustecen al cuerpo: los de allí robustecen la inteligencia, refinan el gusto, aquilatan el alma.

En las horas que le dejan libres semejantes cuidados, de noche, en su hogar, los domingos en que no está invitado a alguna reunión pedagógica, o de cualquier carácter, relacionada siempre con el bien público, García Monge prepara, seleccionando artículos de inúmeras revistas y diarios de todo el continente, su famoso *Repertorio Americano*. Ya Gabriela Mistral dijo, con toda la autoridad de su alma apostólica y vibrante, que todos los escritores de la América latina, le debemos algo a García Monge. Se dijera que allí nos damos cita cuantos soñamos con la genuina confraternidad de los pueblos que alientan en el nuevo mundo.

El *Repertorio* es como una vasta tertulia. Cada cual dice sus sueños y sus experiencias y oye a los demás con gusto. Gracias a él nos conocemos muchos que vivimos separados por millares de leguas. Circula más y se lee más en toda América que una revista de mayores dimensiones. Escritores magníficos de todos nuestros pueblos lo leen gratuitamente. Es una obra bella, intensa, y, como ninguna otra, desinteresada. Generosa, además, inconcebible casi, porque la realiza un hombre pobre. Es un soñador, es un individuo sin ambiciones, que goza con que todo lo que él hace refluya sobre Costa Rica.

Tal vez no hay en toda la América latina una publicación más digna de apoyo. Los gobiernos deberían suscribirse ampliamente, para distribuir ejemplares en las bibliotecas, de cada país, y en las escuelas superiores. Es más eficaz y más barato, ese medio de hacerse a simpatías y a conocimientos precisos, acerca de la índole y de la marcha de los diversos pueblos, que las pasajeras misiones de hombres que dicen un mensaje destinado al olvido. Pasan, se detienen, conversan y se esfuman. En las páginas de una publicación hecha con un criterio de humanidad y de americanismo, quedan perdurablemente. Por eso García Monge que es un benedictino, cual si a ello lo hubiera predestinado el apellido⁽¹⁾, merece bien de América.

L. E. Nieto Caballero

¹ Nieto Caballero escribe Monge con f.

LUGARES buenos para vivir no pueden ser al gusto de hombres de nuestro tiempo si carecen de variedad. Avanzaré lo esencial de mi idea de los parajes habitables diciendo que nadie acudirá sin obligación a cualquiera de esas grandes ciudades unitarias, con un desierto en torno. Podrán ser visitadas, pero no demoraremos en ellas, ni las elegiremos por centro de nuestra existencia. Nosotros tenemos en Madrid el ejemplo de unas de estas creaciones artificiales. Nos oprimía, mientras se mantuvo encerrado dentro de sus rondas. Nos inquietaba como un monstruo dormido a orillas de un río seco. Así lo vieron catalanes y vascos, gallegos y levantinos, durante mucho tiempo; y justo es decir que en aquella vida estática y confinada, tenían razón. Pero en pocos años Madrid ha cambiado esencialmente. Madrid, hoy, es sierra y campo. El automóvil ha hecho el milagro, de la comunión con Guadarrama, que no podía lograr el ferrocarril. Al abreviar distancias, Madrid ha conquistado la variedad que no tenía. Caemos en la cuenta de que esa maravillosa e incomprensible conservación de los encinares de El Pardo, bajo el Real Patrimonio, con su caza mayor de ciervos y jabalíes en 17.000 hectáreas pegadas a las últimas casas de la Villa y Corte, es hecho tan extraño que basta para caracterizar a una gran ciudad. Lo discutiremos desde puntos de vistas políticos y sociales. Pensaremos de qué manera transformar dehesa y monte en parque público. Pero nos da el soplo bravo de naturaleza carpetana, único laboratorio capaz de compensarnos la brisa marina que nos falta. Madrid, por eso, es único. Su variedad está tejida de diversos mimbres, así como su población está compuesta de gentes de todas las regiones. Pero ninguna otra ciudad de tierra adentro reproduce el caso y tampoco lo hallamos en muchas ciudades costeras. Es preciso encontrar zonas de historia privilegiada, de geografía propicia: la bahía gaditana, las rías gallegas, la costa fronteriza de Guipúzcoa... Necesitan no sólo una disposición especial, de suelo y cielo, sino también una sociabilidad singular de cultura nativa y de medios materiales, que empiezan en el buen trato y llegan a la buena cocina. Zonas con fuerte personalidad, con gran riqueza de vida local, diferenciada, no sólo ella entera del resto del país, sino cada una de sus articulaciones respecto de las otras.

Cádiz, en sí misma, sería poco. Pero Cádiz llega hasta Rota, por San Fernando, La Carrera, Puerto Real, Puerto de Santa María. Cádiz es la Isla de León, y Chiclana de la Frontera. Cádiz, con las Salinas y las Marismas; el campo de Medina Sidonia; las lagunas, hasta la punta de Tarifa; Cádiz en incursión a los predios jerezanos; todo ello en espacio tan breve que basta un día de sol a sol para ir y volver a casa. Cualquiera de esos puntos es buen lugar para vivir; y mejor, Cádiz, que los preside. Es proverbial su limpieza, de «tacita de plata», pero rompamos con todo lo proverbial y prescindamos de las frases hechas para ver las cosas con nuestros propios ojos. También conviene romper con el acento majetón y señoril de la peor Andalucía, que, según mi experiencia, encaja mal en Cádiz, y vale más destacar los valores positivos; por ejemplo: la afabilidad del trato social, el despejo de las clases populares, la comodidad de su género de vida urbana y la huella perenne de una cultura difusa que culminó en el siglo XVIII y que está

Inventario democrático
Cádiz y su bahía



reflejada en sus costumbres tanto como en su arquitectura. Es el encanto de la vida colonial el que apreciamos, más aun que en la ciudad, en su pléyade de villas costeras; sortilegio hecho de innumerables motivos; y el primero de todos, la proximidad inmediata e imborrable de América. Cádiz es el último estribo europeo del puente ideal que tendimos a la otra orilla atlántica, y por Cádiz ha entrado, de vuelta a España, lo mejor del despertar de la sensualidad española en las Indias Occidentales.

No será inoportuno dejar apuntadas aquí algunas observaciones recogidas en diversos viajes por Andalucía y Extremadura—son las dos regiones que más color dieron a las colonias ultramarinas y las que están hoy más infuidas de ambiente colonial—. 1500: fecha ruda en Castilla, costumbres severas; en los campos y en las sierras, sobriedad y pobreza; el fausto y la magnificencia para catedrales, basílicas, santuarios. La Corte empeñada en dar a la nobleza lecciones de prudencia en la administración. La milicia viviendo al día, sobre el país, casi siempre extranjero. El pueblo, esquilado, en perpetua dominación, deseando pelear para sí y no para un señor. Al arraigar en América, la manera de vida, entre lucha y lucha, cambió hasta para los más ásperos adalides. Extremeños y andaluces van encontrándose a gusto en el suelo indiano. Castilla empieza a pensar en sí misma y a sentir en las venas, tensas, un ardoroso, nuevo, soplo sensual. Pero los influjos tropicales tardan mucho en llegar, de vuelta a España, convertidos en costumbres. Es el siglo XVIII quien los autoriza. Y si fuéramos siguiendo su trayectoria veríamos cómo vuelven transformados el cortijo andaluz y la casa extremeña; cómo penetran por Cádiz, suben por la Palma del condado y la sierra de Aracena, hasta el corazón de la Extremadura meridional: Zabra, Jerez de los Caballeros, Fregenal y por el Guadalquivir y la sierra de Cazalla a Llerena. Allí he visto maravillosos pueblos, olvidados, arrinconados; Hornachos, Ribera del Fresno, hasta Mérida, que fué romana, pero hoy conserva huellas coloniales. Y de Llerena a la Extremadura alta, cacereña, el suelo está sembrado de influencias recíprocas, de Extremadura a Amé-

rica y de América sobre Extremadura. No Trujillo, ni Medellín, nidos de águilas, piedras solariegas, negras, ruinosas inmodificables, sino el agro que cultiva el pueblo y donde el pueblo vive llanamente, sin privilegios. Por Olivenza viene también otro influjo florido y jovial: el manuelino portugués, harto cargado de especias índicas; pero la Extremadura española conserva mayor dignidad y severidad de líneas hasta en el barroco. No vacilo en decir que el tipo urbano de Extremadura baja con la sensualidad adquirida y educada en América, tal como se conserva hoy en pueblos cuyo auge data del siglo XVIII, es de los más bellos del mundo.

Tienen, sin embargo, tachas. Alguna vez la grave tacha de estar muertos o catalépticos. De esos pueblos los hay que se dejan envolver por una nube de moscas. Otros que se animan lentamente. Los mejores se defienden con un recurso mágico: la cal. No han sabido conservar la esencia de esa transformación sensual aprendida en las Indias, como si por dentro hubieran vuelto a su antigua rudeza. Mientras que el núcleo gaditano, cara al mar y al continente feliz, ha conservado por más tiempo las relaciones y ha permanecido fiel a la tradición del XVIII. San Fernando tiene, además, lo mejor de esa tradición dieciochesca: el Observatorio, que por algo está situado en la punta meridional de España. Pero aunque los ministros de Carlos III no hubieran querido llevar a la costa gaditana ese testimonio de su preocupación por la cultura, tan de su época, San Fernando valdría por sí mismo, como un modelo, maravillosamente vivo, de existencia hispano-colonial. Tiene la blandura, la comodidad y la gracia ultramarinas. Está, de arriba a abajo, casas, patios y estancias, barnizado y baldeado como un buque de guerra. Lo que en sus hermanas es enjalbe aquí es pintura o esmalte. Lo que en Chiclana es natural, limpieza y blancura bravía, con aire entre campesino y marinero, aquí es refinamiento estudiado. Es ya el marino, no el marinero. Maderas ricas de Cuba y del archipiélago; acaso del Arsenal, despojo de continuos desguaces, porque San Fernando, como Robinson, aprovecha sus barcos. Hasta su pavimento es ultramarino, porque está hecho de la piedra que traían los buques cuando regresaban en lastre. Y esas ventanas enrejadas, habitables, de *boudoir* o de gineceo, ¿son trasplante de Lima o de Caracas? ¿O las llevaron allá emigrantes de Rota, o del Puerto de Santa María? De estas rejas habló mal, como del barroco, el benemérito Pons. Hombre de tierra adentro, que miraba hacia el Mediterráneo y buscaba el arte en la tradición clásica. Yo las he visto llenas de misterio oriental, más que árabe bizantino, esquemáticas en pueblos pobres como Bornos, suntuosas y cómodas como un camarote en San Fernando. Avanzan sobre la calle y en ellas la mujer atalaya sin ser observada—cuando no quiere—, con un juego de persianas, *stores*, velos y cortinajes, complicados como el manejo del velamen de una fragata.— «Todo se pudiera haber hecho con más arte y menos extravagancia — dirá el buen D. Antonio — como lo son muchas rejas a manera de jaulas en los cuartos bajos, tan resaltadas que forman en la calle unos cuartos foráneos (llamémoslos así), o más salas de conversación... Y asimismo, en el coronamiento de las casas han puesto generalmente bolas o bolillas de vidriado, a imitación de acro-

STUTZ
EL REY DE LOS AUTOMOVILES
POTENCIA - LUJO - CONFORT - ECONOMIA
EXISTENCIA COMPLETA Y PERMANENTE DE REPUESTOS
PRADILLA C.
TELEFONO 3651

terio, cosa muy mezquina y ruin». Alegrías meridionales, que en las admirables proporciones de la arquitectura local, escueta y limitada fidelísimamente a las necesidades que sirve, tiene tanta lógica como las grandes bolas herrerianas y, desde luego, mucha más gracia. Hay no sólo en Cádiz y San Fernando, sino en toda la bahía influencia genovesa. El genovés enriquecido, con el oro y la plata de

nuestros galeones, sabía vivir rico en Italia y enseñó cosas que no se han olvidado.

Buscando hoy la adaptación contemporánea de este vivir, donde dejó perenne su sello el siglo XVIII, podríamos encontrar en la bahía de Cádiz un género de felicidad. Todos cuantos llegan a la ciudad insular piensan sólo en ella y no en su contorno. Todos piensan en seguir el viaje. Ninguno en quedarse.

Luis Bello.

(La Nación. Buenos Aires)

Estampas

La carroña dorada

ALGUNO de los griegos inmortales, Platón de seguro, solía buscar el mar siempre que el debilitamiento lo aniquilaba. El contacto con las aguas saladas lo acaudalaba de fortalezas. Hay en ellas un poder vital sorprendente. La experiencia del griego la aprovechamos con frecuencia. Hemos venido a buscar el mar. Al cuerpo le ha dado energías en abundancia. Al espíritu le ha recordado que debe tener siempre un horizonte cada vez más amplio en cuyo confin se alce todos los días una nueva aurora.

Por la ventana de nuestro aposento penetra el vocerío de la gente. La ciudad tiene algarazas por todas partes. No nos perturban. Los tumbos del mar concentran nuestra reflexión. En la mañana apareció en la plazuela del mercado un extranjero con su cámara fotográfica. Se situó del lado de las ventas de carne y enfocó en seguida no más un zopilote que caminaba por el césped. El animal no se estuvo en la posición adecuada, esto es, no posó. Los esfuerzos del extranjero por encontrar zopilote que ofreciera blanco a la instantánea, fueron inútiles. Se marchó.

Regresa al instante y hace que un carnicero arroje sobre el césped trozos de carne. Acuden inmediatamente en tropel los zopilotes y el extranjero, sin fatiga ni esfuerzo, toma las instantáneas que quiere. Se va y los zopilotes siguen tras él dando saltos.

Este suceso, inadvertido o carente de importancia para cuantos a esa hora transitaban por aquel sitio público, ha llenado nuestro pensamiento. No sabemos por qué hallamos en él un simil profundo y lúgubre con el trato que el capital extranjero, que esclaviza, da a estos países. Aspiramos a comentar los asuntos nuestros con un ánimo constructivo. Y como ellos aparecen llenos de vegetaciones que los desfiguran y pudren, las descubrimos al sol para que sus tallos aguanosos mueran y abran el camino al exterminio de la ciénaga. No hay en la aspiración alardes de ningún orden. Tampoco la ensombrece el cálculo de una exaltación de nuestra personalidad. Todos esos afanes tan humanos, de existir dominantes en nosotros, habrían buscado escenario en la prensa voluminosa del país. Nos hemos refugiado en un semanario cuya circulación interior imaginamos reducida a medio millar de lectores. Es un público pequeño para que, si da aplausos de estímulo, puedan oírse. Además, hemos colocado estas notas bajo la censura piadosa e inflexible del editor de la hoja impresa de profunda difusión en el exterior. Con esto han quedado muertas vanidades e ingrimentos. Han tomado también rumbo las *Estampas*, el rumbo del vigilante que quiere en su país una soberanía pura, una cultura en creciente constante, una economía sin engaños.

Y con ese espíritu vigilante observamos los negocios del país y el trato que a ellos dan los hombres que tienen poder y los que aspiran a tenerlo. ¿Nos leerán? Nunca nos hemos preguntado así en las horas de reflexión creadora. Aquella vela que se pierde en el horizonte no va pendiente de la pupila que la vió partir, sino de la brisa que la ahueca y la desliza hacia horizontes mayores.

Bien, el capital de afuera, organizado para el dominio sin limitaciones, cree dominarnos como al zopilote, arrojándonos la carroña. ¿Qué concepto de estos países circulará en torno a la mesa cuadrilátera en que esas mentes doradas deciden las incursiones exclavizantes? Los han de juzgar poblados de nativos asustadizos. La imagen que de mano en mano ha pasado es la que la avanzada llevó en revelación perfecta en el papel fotográfico. El nativo esquiva la instantánea. Mas, el secreto está en no hacer escándalo. Cogerlo apaciguado. Soltarle la carroña del oro, que una vez que la haya engullido, posará y seguirá sumiso tras sus huellas.

Pero esa carroña dorada, bien saben los capitales de industria que dirigen la incursión, no la engullen todos los que ellos han denominado nativos. Buscan precisamente los de estómago voraz e inalterable. Con tales conquistas emprenden las otras. De una manera certera acaparan regiones enteras de un país, penetran, hasta asomar por todos los resquicios, su economía, y, lo que es también de inmensa trascendencia, no acatan sus leyes. Cada uno de estos países incursionados tiene su acervo de leyes, promulgadas casualmente o por el cuidado de sus hombres eminentes. El capital esclavizante las encuentra debilitadas por la falta de vigencia, o sin amparo por la falta de sentido previsor de los gobernantes. Necesita evadirlas y entonces es admirable escalador el nativo que ha engullido la carroña dorada. Se da a la prédica tenaz de presentar al amo como un agente providencial de civilización. ¿Qué suerte correría el país favorecido si el capital de quien él es servidor no hubiera conside-

rado bueno el sacrificio de coger esta industria en ruinas, aquella extensión de territorio malsana, el ferrocarril improductivo, las inciertas rutas aéreas? Lo prudente es no estorbar los beneficios de esa civilización. Aquí hay un grupo de leyes que hacen reserva de una extensa porción de tierras llenas de bosque y de maraña.

Cercando ya por casi todos los rumbos se extiende la compañía explotadora y monopolizadora del banano, o del caucho o de cualquier otro producto tropical. Sus dilatadas extensiones territoriales están cansadas o son de costosa explotación. Aquí hay otra ley que, con el pensamiento de que la concesión dada hace veinte o más años, no fuera sino un paso para nacionalizar o municipalizar la industria del porvenir, estipuló en cláusulas de indiscutible y terminante claridad, mejoramientos avanzados. El monopolio que ha irrumpido de pronto es ya dueño de esa concesión y como trabaja regido por un plan de beneficios públicos nunca vistos, siente que esas cláusulas son piedras entre las ruedas de su engranaje civilizador.

También hay disposiciones legales terminantes que previendo un monopolio de las vías de comunicación ferrocarrileras, dejaron puesta la prohibición de cualquier traspaso de la concesión otorgada, sin la intervención aprobatoria de un Poder del país. Y en las nacientes rutas aéreas la ley de otra concesión, conseguida quizá a fuerza de presión y de halagos, estampó una limitación provechosa y de trascendencia.

Pues los magnates áureos que alrededor de la mesa cuadrilátera han planeado la incorporación de esas concesiones distantes al *trust* avasallador de que son unidades poderosas, en presencia de esas leyes inconvenientes formulan su plan de ataque, poniendo la bayoneta calada en manos del nativo estudiado de antemano en el simil del zopilote. Un arma que abre brecha debe irse lanzando el convencido por paga. Que la lance a veces suavemente, no importa la falta ocasional de vigor, si en los momentos decisivos es feroz y terco. Predique la virtud civilizadora del capital extranjero trustificado. Y clame contra las leyes anticuadas que están deteniendo esa civilización. Preséntelas como amenazas contra la permanencia de ese capital. Diga que la ruina se enseorea del país si no vuelve sobre sus pasos entregando reservas territoriales y fuentes productoras de energía eléctrica y comunicaciones ferroviarias y rutas aéreas. Dígalo todo con vehemencia alimentada por la carroña dorada. Y ponga además de su cosecha todo el empuje siniestro que esté en condiciones de dar.

Mas el ciudadano de estos países debe contener el asco y pegar sus narices a las bocas por donde esos nativos enardecidos arrojan los eructos de una digestión tan pesada como la de la carroña dorada.

Juan del Camino

Limón y octubre del 29,

Esfinge...

= De El Sol. Madrid =

LA tartana corría por la carretera inundada de sol, proyectando de lado, sobre el oro bajo del polvo, su sombra fuerte y recortada, que ya se alzaba al tropezar con los montones de grava, ya se hundía rápida en la cuneta o se abrazaba en abrazo fugacísimo al tronco de los árboles.

Metido en aquella cáscara ambulante, como

caracol dentro de la suya, el *pubill* (1) Bigorra, las riendas en la mano y el sombrero echado al cogote, miraba en lejanía, casi sin ver, perdido en una vaga inercia mental, somnolienta y levemente agria, fruto de las dos últimas noches pasadas en Figueras.

(1) *Pubill*, mozo casado con una *pubilla* o heredera y que va a vivir a casa de la mujer. Como si dijéramos, especie de rey consorte.

Tan distraído iba, que hasta no oírlo dos o tres veces no se despertó su atención... Se fijó entonces... Sí, sí...; era música; no había duda alguna.

En efecto: de tanto en tanto, una leve ráfaga sonora, fina y sutil como ilusión acústica, entraba por la parte delantera de la tartana y salía por detrás sin dejar rastro, para volver en igual forma, aunque cada vez más intensa, al cabo de un momento.

Como por arte de encantamiento, libre ya de toda la dejadez de la fatiga, el *pubill* recobró el uso de sus facultades.

En alguna parte, y no lejos de allí, había baile en plaza. Aquella sonoridad fantasma, que tan pronto se esfumaba como revivía, traía ya distintamente un ritmo de sardana. ¿Dónde sería? No recordaba que hubiese por las cercanías fiesta mayor alguna. La de Cluelles se celebraba en julio; la de Sirvent, en agosto; la de Mojals, en...

Alcanzó a un payés endomingado, con la barretina roja como un pimiento, camisa azul celeste, faja verde, chaqueta parda echada al hombro y vergajo en la mano.

—¡Eh, amigo! ¿Puede saberse dónde se baila?

—¡Ya lo creo! En Santa Rita del Garrich. Es hoy la romería...

—¿Una ermita?

—La capilla del lugar.

—No sé dónde cae eso.

—Es aquí mismo. Si queréis ⁽¹⁾ venir, yo voy.

—Se me haría tarde... Me esperan en casa. ¡Divertirse!

—¡Salud!

Y como para escapar a la tentación, dió un latigazo a la yegua joven, que salió carretera adelante a trote largo.

Sin embargo, como las tentaciones corren más que las yeguas por ligeras que éstas sean, y como el *pubill* no solía encontrar mucho valor para resistir a aquéllas, la de ir al Garrich le acometió de nuevo mientras huía y le venció antes de haber recorrido veinte varas de camino.

⁽¹⁾ Los catalanes de la montaña han conservado siempre el *vos*, que hoy se emplea también en el lenguaje culto.

El payés, al ver que la tartana se paraba, apretó los labios.

—¿Ocurre algo?

—¡No, nada! Aguardaba... Subid y me enseñaréis el camino. Al fin y al cabo—añadió sonriendo—, a una hora o a otra llegaremos a casa. ¡No va a cambiar de sitio!

—¡Claro está! Y que la romería del Garrich os gustará de veras. No se pierde, no, el tiempo. Yo voy todos los años porque vive allí una cuñada mía...

—Al Garrich, pues; no hay más que hablar!

Que el *pubill* era así, un tarambana, una velta que jiraba alegremente según venía el viento.

Volvieron por el primer camino que sesgaba. ¡Entonces sí que, recibiendo la armonía de cara, oyó bien la sardana! El refilar juguetón del caramillo, las notas oscuras del trombón, el lamento nasal de la *tenora* ⁽¹⁾ parecían salirle al encuentro como buenos y antiguos amigos, invitándole a avanzar con ellos. El payés, charla que charlarás de casos y de cosas que ni le iban ni le venían; la tartana, saltando y brincando por las roderas encrestadas, y el *pubill*, escuchando en el aire la cadencia prometidora de las tonadas cada vez más próximas, llegaron al Garrich sin darse cuenta.

Había gran gentío. Largas hileras de mujeres entraban y salían seguidamente de la capilla, toda adornada de guirnaldas y rebosante de ex votos; cerca de las mesas del aguardiente, los viejos habían sentado sus reales; en torno a las de golosinas se agrupaban como moscas los chiquillos, y a la sombra del más alto de los pajares tocaban los músicos, bien alineados, entumecidos y con la nariz levantada al aire, mientras en el centro de la plaza los juveniles corros giraban sin cesar, unos dentro de otros, gentilmente asaetados por los rayos del sol, que de través se metían entre los pies de los bailarines. Era un virolado conjunto resplandeciente de faldas cortas, como bandadas de multicolores mariposas que revoloteasen entre tierra y cielo... Parecía también como si hubiese caído una lluvia de papelillos de colores.

⁽¹⁾ Instrumento parecido al saxófono, pero mucho más largo, que suele tener papel importantísimo en la ejecución de las sardanas.

Era grato al forastero mirar aquel manojito de doncellas de las villas cercanas, calzadas con media de seda, vestidas según el último figurín y maquilladas como pequeñas actrices, que no daban de buena gana la mano a los destripaterrones de alpargata y faja, pesadotes y reverentes como figuras hiéricas.

El *pubill* Bigorra, deteniéndose al lado de los corros, se fijó especialmente en una jovencita alta y delgada, de gráciles movimientos y linda boca de pulposos labios. Iba vestida de negro, enlutada de pies a cabeza, y danzaba con aire grave, como encantada, igual que si se encontrara sola en medio de la multitud. La cabeza muy alta, fijos los ojos en el cielo resplandeciente, sin pestañear; la cabellera corta peinada hacia atrás y agitándose a merced del ritmo, la niña trenzaba y destrenzaba los pasos de la danza con fuga arrebatada y, al mismo tiempo, con impecable precisión maestra. Dijérase que volaba a ras de tierra; tan leve y fugitivo era el contacto de sus pies con el suelo.

—¡Esto es bailar sardanas!—pensó con entusiasmo el mirón, cuando un vigoroso manotazo dado en su hombro vino a interrumpir su contemplación admirativa.

—¿Tú por aquí, Bigorra?

—¡Hola, Ramis! ¿De dónde sales?

Como asiduo concurrente a ferias y mercados, el *pubill* encontraba amigos o conocidos allí donde iba. Charlaron, y el *pubill* contó al otro que venía de Figueras, donde acababa de hacer un buen negocio.

—Me habían limpiado, ¿entiendes?, hasta el último céntimo; no me quedaba ni para ir a comer. Hubiera podido pedir dinero prestado a cualquier amigo; pero preferí vender la jaca y la tartana. La mujer se pasaba la vida con el alma en un hilo, predicándome a cada paso que el mejor día me iba a matar el animalejo, y decidí decirle que había vendido la jaca para no hacerla sufrir más. Conociendo que me convenían los dineros, aprovecharon la ocasión para darme cuatro cuartos. Pero a mí el corazón me decía que la suerte iba a volverseme de cara y que podría desquitarme de lo perdido. Y tal como lo pensé... Ni que las brujas tallasen por mí... En cuatro o cinco horas solamente los limpié a todos. Al salir, de madru

Sueño de Cádiz

Cádiz está mirando al mar.

Sobre éste

*derrama el sol poniente barcas de oro
que se van cabrilleando hacia el oeste,
como en los días coloniales idos
zarpaban las armadas de galeones
en busca de las Indias y el Gran Preste.*

*La tarde es vela en los galeones vanos
y hacia las Indias orzará con ellos.*

*Orbe de plata en sus serenas manos
trae la noche a la armoniosa Cádiz.
Los blancos miradores están bellos;
se ha puesto en guardia la muralla entera,
y hacia el silencio se levanta, austera,
la Torre del Vigía.*

*Cádiz duerme,
y es su ensueño de augurio todavía:*

*Cádiz mira venir la Grande Armada
conduciendo, a sus mástiles atada,*

con cabos regios, la imperial victoria.

Arde incendio de gloria en la bahía.

*Detrás, en infinitos escuadrones,
sobrecargados de oro, los galeones
historiados de triunfos de conquista,
con sus dos mil corsarios prisioneros,
van altivos entrando en la Bahía;
Cádiz no les abarca con la vista.*

*Después escucha en su sueño las anclas
de oro en el fondo sonoro del mar.
Cádiz la Blanca despierta a su estruendo.*

*Está nadando en las aguas del Día;
tinto está el mar de un color de esperanza.
Algo de Indias las olas murmuran;
todas las conchas marinas auguran
un regresar de otras Indias a España.*

Roberto Brenes Mesén

gada, quise volver a comprar la jaca; pero... se había evaporado. Entonces alguien me ofreció su yegua y su tartana. Otro que se había quedado tan mondo como yo y quería imitarme para ver si se le pegaba mi fortuna... Una ganga, Ramis; ya la verás; total, trescientos cincuenta duros, y todavía me quedan cuatrocientos en este *infierno*—dijo poniéndose la mano sobre el corazón.—¡Ah! Si me hubiese podido quedar otra noche, en un año no tendría la mujer motivo para quejarse de mis cuentas...; pero no podía ser. Mañana bautizamos a mi pequeño y vendrá a casa toda la parentela, ¿comprendes?

Todo el mundo sabía que el *pubill* Bigorra tenía más miedo a su mujer que a la justicia, y aunque solía hacerle de enero a diciembre mil barrabasadas, procuraba que ella no se enterase, como ahora lo declaraba sin eufemismos a su amigo.

En esto se había ido colocando delante alguna gente que les impedía ver la plaza; y como retrocedieran, el *pubill* tropezó con alguien que estaba detrás mismito de él, casi incrustado a su espalda... Era una gitana, una bohemia joven, cubierta de harapos, con un pandero más grande que ella bajo el brazo izquierdo y un mico sentado sobre su hombro derecho haciendo muecas grotescas y pelando cacahuetes con singular destreza.

—¡Perdona muchacha!... ¿Te he hecho daño?

—No, *signore*—respondió ella con vocecilla dulce como nota de cornamusa. Pero el *pubill* vió cómo se refregaba vivamente un pie descalzo contra la otra pierna, mientras el mico parpadeaba como un condenado. De fijo le había pisado al volverse. Al girar sobre sus talones por completo para disculparse mejor, el *pubill* quedó maravillado. Aquella chiquilla que no tendría más de diez y seis años era una verdadera preciosidad de mujer como ninguna había visto el *pubill*, y eso que su memoria podía ofrecer una larga lista. Su tez era de un moreno transparente, de ámbar tostado; tenía la cara un poco corta, la frente estrecha, deprimidas las sienes, la nariz recta, los ojos inmensos y los labios como una brasa viva. Cuando sonreía, los dientes y el blanco de los ojos le relucían igual que porcelana. Las greñas, de un castaño claro desteñido, se le comían media cara, y toda su persona exhalaba cierto tufillo repulsivo.

El *pubill* dijo a su amigo, no tan bajo que ella no pudiese escucharlo:

—¡Caramba, *noy!*, qué buen bocado.

—Y bien acompañado—contestó Ramis no sin alarma.—¡Sabe Dios los habitantes que llevarán

LIBRERÍA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,
a todos los países en las mejores
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del *Repertorio Americano*.

bajo esas guedejas. Mira, mira cómo se rasca la otra.

Entonces el *pubill* vió una segunda chiquilla más pequeña, sentada en el suelo y arrimada a la pared de la capilla. Llevaba la cabeza vendada con un trozo de trapo que había sido blanco, y en el cuerpo una chaqueta de hombre a modo de abrigo y se refregaba la espalda contra la arista viva de la esquina, mientras entornaba con delicia los ojos.

También el *pubill* sintió un estremecimiento serpentearle por la columna vertebral abajo, como si de repente hubieran empezado a pasearse bandadas de hormigas por todo el cuerpo... No obstante, quiso entablar conversación con la muchacha.

—¿Es tu hermana?—le preguntó señalando a la pequeña.

Lentamente, como si antes de contestar tuviera que pensarlo la gitana dijo que sí con la cabeza y caballero en su hombro, el simio, lanzando con gran agitación una cáscara de cacahuate, rompió en gritos estridentes y se abalanzó hacia adelante, como si fuera a tirarse sobre el hombre.

El *pubill*, no muy tranquilo ante aquellas maniobras, retrocedió instintivamente.

La gente que los rodeaba, reía, reía.

La muchacha pasó su mano negra por el cuello del simio, hasta que fué calmándolo poco a poco, mientras se acentuaba su vivo parpadeo y fruncía la boca en forma de o, haciendo al *pubill* una cómica mueca. Acto seguido, volviéndose de espaldas, como si no quisiera ni verlo, empezó a guitarrear el vientre con gran saña. Con toda seguridad, el *pubill* no le había resultado simpático.

Ramis empezó a abrirse paso entre la gente.

—Vamos, vamos, tú, que de aquí no podemos sacar nada bueno.

—Espérate, hombre.

—¡Vamos! Bien estoy como estoy. No quiero que me toque esta lotería.

Y echó a andar evitando el contacto de la bohemia, y el *pubill* no tuvo más remedio que

seguirle hasta el otro extremo de la plaza, junto al pajar de los músicos.

Asqueada y escrupulosa, la gente de la plaza fué dejando un espacio vacío en torno a las dos hermanas, sin que éstas parecieran darse cuenta ni salieran de su indiferencia displicente: la pequeña, echada en el suelo, envolviéndose bien en el varonil chaquetón y temblando visiblemente, como presa de un ataque de fiebre; la mayor, sola, en pie, en medio del espacio vacío.

El *pubill*, desde el otro lado de la plaza, pudo verla mejor que de cerca y la halló más bonita todavía. La *cobla* tocaba mientras ella parecía profundamente abstraída, escuchando la música o estudiando el paso de los sardanistas; medio apoyada en el enorme pandero, inmóvil como una estatuilla de bronce y aureolada toda por el sol poniente, mostraba una actitud, una expresión extrañamente melancólica.

—No digas; parece enteramente un cuadro—dijo sin poder reprimir su entusiasmo el *pubill*.

—Un cuadro... de porquería—dijo el otro con desprecio.—Te la regalo si la quieres.

—Y yo la he visto alguna otra vez; pero no sé dónde...

—Te lo parecerá, porque como todas son iguales...

El *pubill* no tenía ganas de discusión; pero miró a su amigo con lástima, como si estuviera chiflado. ¿Cómo podía decir que todas las gitanas eran iguales? ¡Vaya una salida!

Se acabó la sardana, y la jovencita, que no se había movido un instante, dijo con voz dulcísima a su hermana:

—¿Andiamo, *piccina*?

—*Non voglio... Ho freddo...*—y se apretó más contra la pared.

La otra no insistió. Unos rapaces tiraban cacahuetes al mico, que los cogía y desgranaba con su acostumbrado parpadeo estrambótico, y cuando alguno de los chicos se acercaba demasiado, recurría a la mueca burlona para asustar al grupo y mantenerlo a raya.

Unas cuantas mujeres que habían observado con interés la actitud del *pubill*, hacían sus comentarios no lejos de las hermanas:

—Mirad aquel mozo greñudo cómo se la come con los ojos. ¡Y sería capaz de llevársela si pudiera! Si los hombres de ahora son unos puercos... Todo les viene bien... ¡Qué asco!

—Calla, que puede oírte.

—No nos entiende. ¿No has visto que hablaba en otra lengua?

Cuando los músicos volvieron a templar sus instrumentos, la hermana mayor se acercó a la pequeña e, inclinándose, le dijo algo al oído. La niña, sin moverse, tendió la mano y tomó la cadena del mico. La mayor, entonces, filtrándose entre los mirones que la rodeaban, desapareció, y cuando el *pubill* quiso recordar, la grácil figura se había desvanecido.

Permaneció Bigorra en la plaza hasta que terminaron las sardanas, y después se decidió a marchar, enseñando de paso a su amigo la adquisición hecha en Figueras.

—¿Quieres venir hasta la carretera?

—Gracias; perdería camino. Yo tomo por el atajo del otro lado.

—Entonces, adiós, Ramis; y no te canses mucho...

—Hasta otro día, *noy*.

Y el *pubill* azuzó a la yegua. Otra vez, salto aquí, brinco allá, salieron a buen paso al camino real. Contando con volver a casa en pleno día, el *pubill* no había cuidado de arreglar los faroles.

—Con tal de que no me salga al paso la pareja nueva que hace el recorrido de Sirvent...

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzonas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS

ESTRELLA, LAGER, SELECTA,
DOBLE,
PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:

REFRESCOS

KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPE

GOMA, LIMÓN, NARANJA,
DURAZNO, MENTA,
FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Pensaba en los civiles, todos buenos amigos suyos, excepto los destinados últimamente a aquella demarcación.

Pero en lugar de los civiles quien se presentó ante sus ojos fué la jovencita bohemia. Desde una gran distancia la conoció por los colgantes andrajos, el desmadejamiento de los andares y el pandero semejante a una criba.

Iba sola por el centro de la carretera y caminaba con aire desmayado, como sin gana. Él miró arriba y abajo; no se veía una alma. ¿Dónde habría dejado el resto de la compañía?

Incitó dos o tres veces a la yegua con el látigo y el animal corría tanto que parecía volar. La carretera fundiase materialmente entre sus patas. En seguida estuvieron junto a la bohemia. Ella debía forzosamente haberle oído acercarse; pero seguía caminando con su paso perezoso, como si tal cosa, sin siquiera dignarse volver la cabeza.

—¡Eh, lirio de agua!—gritó él frenando con viveza.—¿Quieres hacerme ir a presidio?

Ella se detuvo a medias. Fijó en el *pubill* los grandes ojazos, que en la sombría claridad parecían agrandársele aún más, como los de los gatos, y contestó con más dejadez todavía en la voz que en la actitud:

—*Sono stanca...*

No entendió él las palabras; pero sí su sentido. Y volvió a mirar arriba y abajo.

—¿Dónde está tu hermana?—preguntó, añadiendo la acción a la palabra para que ella le entendiera mejor.

La bohemia señaló hacia tramontana:

—*Ammalata...*

—¿Y tus padres? Tus padres, digo. ¿Dónde están?

Ahora el brazo moreno señaló hacia Mediodía.

—¿En Sirvent?

Asintió ella con la cabeza.

—Y tú, ¿vas allí ahora?

Nuevo signo afirmativo.

Abrió él la portezuela de la tartana.

—Anda, sube, simpática, que te llevaré hasta allí.

No se hizo ella rogar poco ni mucho; con una ligereza que contrastaba con su languidez habitual, de un salto estuvo arriba. Y con ella, el tufillo repulsivo y el mal recuerdo de los posibles habitantes. Pero ¡alabado sea Dios! Era tan rebonita, que el tenerla al alcance de la mano bien valía algún sacrificio.

Ahora, de pronto, recordaba el *pubill* dónde la había visto, maravillándose de lo justo que había sido al compararla a una pintura. En casa de un primo suyo había una gran oleografía que representaba a Jesús curando a un niño enfermo. Pues bien: el color y la expresión del rostro de la mujer que sostenía al niño eran iguales a los de la bohemia.

El *pubill* estaba contento; le enardecía íntimamente la presencia de aquella mocita silenciosa y la soledad de la carretera en aquellos momentos, que ni hecha de encargo. ¡Si no fuese por la pareja de civiles, que no podía andar muy lejos!

Se atrevió, sin embargo, a una pequeña prueba.

—No estés tan encogida, mujer. ¿Me oyes? (Signo afirmativo de la moza.) Extiende las piernas... así.

Y él mismo se las cogió y colocó entre las suyas. Después, como sin dar importancia al caso, apretó un poco. Ella, siempre sonolienta, miraba hacia la lejanía con sus bellísimos ojos de gacela y no parecía darse cuenta del contacto. Al *pubill* le daba vueltas la cabeza. ¡Realmente daba gozo mirar aquella manzanita de la gitanería! ¡Y el estúpido de Ramis que

la había criticado, diciendo que se parecía a toda la vida de su ley!... ¡Si hay hombres que no parecen de carne y hueso, sino de pasta flora!

El tibio contacto de las piernas desnudas de la moza le atravesaba los pantalones, produciéndole escalofríos.

—¡Bah! Bah!... ¡Qué tantas historias! ¡En otras se habrá visto!—pensó.—Y le dirigió algún expresivo requiebro.

Ella no contestaba nada, como si ni siquiera le escuchara.

Entonces él, ya del todo resuelto, le tomó una mano; todavía le dejó ella hacer; pero cuando, aflojando las riendas y echándose a reír, intentó él abrazarla, el resplandor súbito de un relámpago clavó al *pubill* en el asiento.

¿Cómo había sucedido? ¿De dónde había ella sacado aquello, sin que él le viera ni aun mover el brazo? Parecía cosa de encantamiento; pero era cierto y bien cierto que ella tenía entre los dedos un cuchillo, con la hoja de más de un palmo de longitud y con la punta rozando el estómago del *pubill*.

—¡Dinero... Dame todo!

El *pubill* Bigorra no podía creer a sus ojos ni a sus oídos, y la moza tuvo que repetir sus palabras en voz baja y finamente cortante, como otra arma afilada; una voz absolutamente distinta de la que él le había escuchado hasta entonces.

Trató de salir del mal paso fingiendo serenidad.

Victor Catalá

(Traducido del catalán por M. L. M.)

Tablero = 1929 =

El Centro de Estudiantes de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad Central del Ecuador ha sacado la *Revista Jurídica y de Ciencias Sociales*. Hemos recibido las entregas siguientes: 1 y 2 del año I. Los canjes deben dirigirse al Presidente del Centro: Hugo Moncayo. Quito, Ecuador.

A-don Juan del Camino

12 de Octubre de 1929.

Su Artículo, *Pensemos en Nicaragua* me ha hecho la impresión de un rayo de luz que penetra en la oscuridad de una inmensa y solitaria habitación. En sus palabras, hay una verdadera promesa de vida.

No acostumbro lanzar alabanzas, ni para halagar vanidades ajenas, ni mucho menos para recibir obligadas respuestas a ellas. En el caso presente, el cumplimiento del deber me induce a dirigirme a Ud., no sólo para felicitarle por su importante labor, sino para excitarlo a que continúe por ese camino admirable que se ha trazado, y que confío servirá para que por él sigan otros grandes costarricenses que hoy se ocultan ante la vergüenza del desastre, en vez de colaborar con los de la defensa.

Yo, que nada importante podría dar a mi patria, quiero por lo menos ofrecerme como simple soldado de la Legión Salvadora.

Salud,

Jorge Calzada B.

Trasladamos esta carta a nuestro eximio colaborador Juan del Camino, personaje andariego cuya residencia no conocemos a punto fijo. ¿Y qué decir de Calzada? Una de las joyas entre la gente nueva de Costa Rica.

—¡Vamos! ¿Qué te pasa, clavellina de mayo? Quitá eso de ahí... ¿No ves que era de broma?

—*El dinero; dame pronto.*

—¿De dónde diablos quieres que saque el dinero?

—*Del infierno.*

Y, siempre con el cuchillo, le tocó sobre el corazón.

La luz se hizo de pronto en la mente del *pubill*: aquella buena pieza le había escuchado cuando contaba sus andanzas al amigo Ramis. ¡Por eso estaba tan arrimada a su espalda! Y que era inútil disimular; ni disimular ni tratar de resistirse. En el fondo de los bellísimos ojos de gacela adivinaba el atracado unas posibilidades muy poco tranquilizadoras.

Como hasta entonces, y a pesar de haber andado siempre de aquí para allá, nunca le había pasado nada, era el *pubill* hombre confiado, lleno de seguridad, y llevaba el dinero sencillamente metido en el bolsillo. Metió la mano en él y sacó un fajo de billetes que tiró en la falda de la bohemia. Ella, con la mano que tenía libre—una manita delgada y negra, semejante a la del simio que la acompañaba horas antes—, desdobló los billetes y los contó. Eran de cien pesetas y había diez.

—*Otros dineros.*

—No tengo más.

—*Cuatrocento duros.*

La rabia le ahogaba. Tiró del segundo paquete. En aquel momento hubiese querido ser un cartucho de dinamita para estallar y hacerla trizas. Con todo, le parecía más bonita que nunca. Si le hubiese timado aquel dinero por las buenas, acaso él lo habría perdido sin pena; pero lo que más le dolía era sentirse vejado en su fachenda de gallo victorioso y en sus pretensiones de hombre listo y avisado. Y esto acababa de encenderlo en coraje.

Como para estimular su deseo de venganza, en aquel momento crestearon la subida de la carretera los sombreros charolados de los civiles.

Pero la mozuela los había visto antes que él.

—*Tú callarás. Si dices nada, yo cantaré... Tu mujerá saprá tutto...*

Y escondió la mano armada detrás del pandero.

El *pubill* había caído de lleno en la trampa.

Cuando estuvieron cerca, uno de los civiles, reconociendo al *pubill*, le dijo en tono de reconvencción amistosa:

—¿Otra vez, Bigorra?

—Es que pensaba volver temprano, cabo, y me he entretenido un poco...

Pero en aquel momento repararon en la bohemia, que sonreía dulcemente, haciendo resplandecer en la penumbra los dientecillos de porcelana.

—¡Ah, tunante; vas bien acompañado! Ya se ve por qué vas sin faroles... ¡Pero si te encontramos otra vez...!

Los civiles pasaron. La jovencita bajó en Sirvent, por donde pasaba el tren que aquella misma noche se la llevaría sabe Dios adónde.

El *pubill* se enredó un tanto al presentar cuentas a la mujer; pero había preludeo de fiesta en la casa y, al fin y al cabo, del mal el menor: que si había vuelto en blanco de la feria, se había deshecho de aquella jaca que corría como el viento y que era causa de tantas cuestiones entre el matrimonio...

Tres días después, los compañeros de la mozuela fueron detenidos cerca de Cluelles, después de haberlos atrapado cuando huían dejando jimpio el cajón del hostel. La enfermita de la cabeza vendada era la que guardaba la bolsa de la banda.

Un discurso en el Carnaval

Señores:

Joaquín Fernández Montúfar
ante la Reina Obrera de Cartago.

La Comisión encargada de organizar estos regocijos populares que marcan un fasto en las calendas cartaginesas y borran con minutos de esparcimiento las fatigas y bregas del año, ha querido, por deferencia que tanto me honra cuanto agradezco, otorgarme personería para que consagre el homenaje lucidísimo que la admiración y el afecto tributan a la Augusta Soberana Obrera del Carnaval.

Esta fiesta, por la fantasía y el motivo, nos evoca la época dichosa del mundo pagano; nos habla de las deidades mitológicas que embelesaron la noche del hombre al poner en el pentagrama de su existencia la nota jocunda de la risa; traenos a la memoria las carnestolendas cristianas que inmolaron los pesares en la hoguera del entusiasmo y diéronle virtud a las cenizas para santificar el rito; reconstruye aquellos días en los emires que apagaban los furios de la lucha con el algareo estrepitoso de las zambras y ahogaban el lamento lúgubre del plañidero con la franca carcajada del payaso...; cuando la vida, prodigando tesoros de placer, era un canto a la alegría y a la belleza y el espíritu sensual del universo se delectaba en una lujuriente embriaguez de amor. Porque aquí hoy—como allá entonces—las angustias se disipan ante la hilaridad plástica de la enmascarada; al dolor le destierra la algarabía contenta de las multitudes; el alma se ensancha con el arrullo mágico de las orquestas; el pecho vibra enloquecido por la seducción arrebatadora de fragantes mujeres y todos se hermanan y conciertan, formando un iris inmenso de simpatía, para aclamar a S. M. Rosa Argentina en este trono de honor levantado sobre el robusto corazón de Cartago.

Esa diadema fulgurante que ciñe la frente helénica de nuestra Soberana nimba a la vez el escudo nobiliario de Cartago; saca de los escombros del pasado el sentimiento realista que inspirara a los viejos fundadores de la patria, y está diciéndo que si hubo antes un Rey Felipe que premiaba con el blasón castellano la hidalguía de los hombres de esta ilustre ciudad, hay ahora una Reina Argentina que proclama y encarna la gracia adorable de sus mujeres.

Apuntan las viejas crónicas, que a la humilde y bella doña Inés de Castro—cuyo encanto abrumador y fermosura sin par subyugaban al Monarca—cierta vez la acribilló a puñaladas el pueblo, a fin de evitar así que, quien ostentaba ejecutorias de sangre escalase el trono lusitano por las gradas que Eros tendió... Y cuentan después que el Monarca, loco e indignado por la fiebre de la iracundia, hizo exhumar de la fosa al yerto cadáver de la linda amada: ataviarlo luego con las suntuosas galas de las princesas; colocarlo en el regio sitial de la Corte y, por último, poner sobre aquellas sienes rígidas y descompuestas la augusta corona de la monarquía, para que todos los súbditos—gentiles y plebeyos—

desfilaran prosternados y rindiéranle vasallaje póstumo a la herencia de su corazón. Más poderoso ahí el amor que la muerte enalteció la humildad y, sobre la tumba, entronizó la belleza!

Hoy aquí, también se enaltece la humildad y se entroniza la belleza; pero no ya por imperativo de un rey enfurecido, sino por mandato de un pueblo justiciero. Hoy aquí también se rinde vasallaje y entregan las insignias soberanas a la heroína de los corazones; pero no en ceremonia macabra y escarnecedora, sino en festival risueño, jocoso y sincero. Hoy aquí, también, la augusta corona destellea; pero no ya en la cabeza de una muerta, sino en el azabache ondulante del blando rizo de una Venus viva.

No es ahora el símbolo de una potestad que aterra, sino el rico emblema de una Majestad que impera absoluta por dones imponderables y que apresa todas las voluntades con el hilo hechizante de la simpatía. Hoy aquí, tenemos una reina bajo el dosel; pero no como aquella desventurada doña Inés que la pasión frenética desenterrara para espanto y humillamiento del pueblo de Portugal, sino a esta maga y gentil y salerosa—soberbio brote del pensil costarricense—que se levanta en apoteosis deslumbrante, entre flores y aplausos, para que las trompas de la fama saluden su victoria!

Oh Majestad:

El grupo fuerte y lozano, el gremio industrioso y luchador de los nobles obreros sufragó por vuestro triunfo a fin de que sentarais los estandartes y ejercierais el señorío de esta admirable Cartago... hija dilecta de nuestra patria; tierra de trabajo y de poesía; de pensamiento fecundo, como sus frescas campiñas; de pensamiento elevado, como sus montes hirvientes; de tradiciones seculares, como sus eternas ruinas; y de carácter tan firme, como los abruptos peñones que se yerguen enhiestos ante el golpe de sus impetuosos ríos; donde la bizarría y el honor hallaron pecho varonil para arraigar y la virtud encontró plácido nido en el alma cristalina de sus incomparables mujeres; donde su ayer nos habla de la Costa Rica heroica; su presente nos ofrece los prodigios de una resurrección increíble y su futuro asoma, como la mejor luz de esperanza, en el horizonte nacional; tierra, en fin, que Dios bendice con munificencia, y que Vos, Rosa Argentina, siendo Reina, habréis de glorificar por siempre con Vuestra gracia y con Vuestro amor!

Y ahora, señores, que ría la máscara de Momo; que resuene la siringa de Pan, y que la llama del placer alumbre el festín e inflame los corazones.

¡Loor a la Reina!

J. Fernández Montúfar

Setiembre 8 de 1929.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.
SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

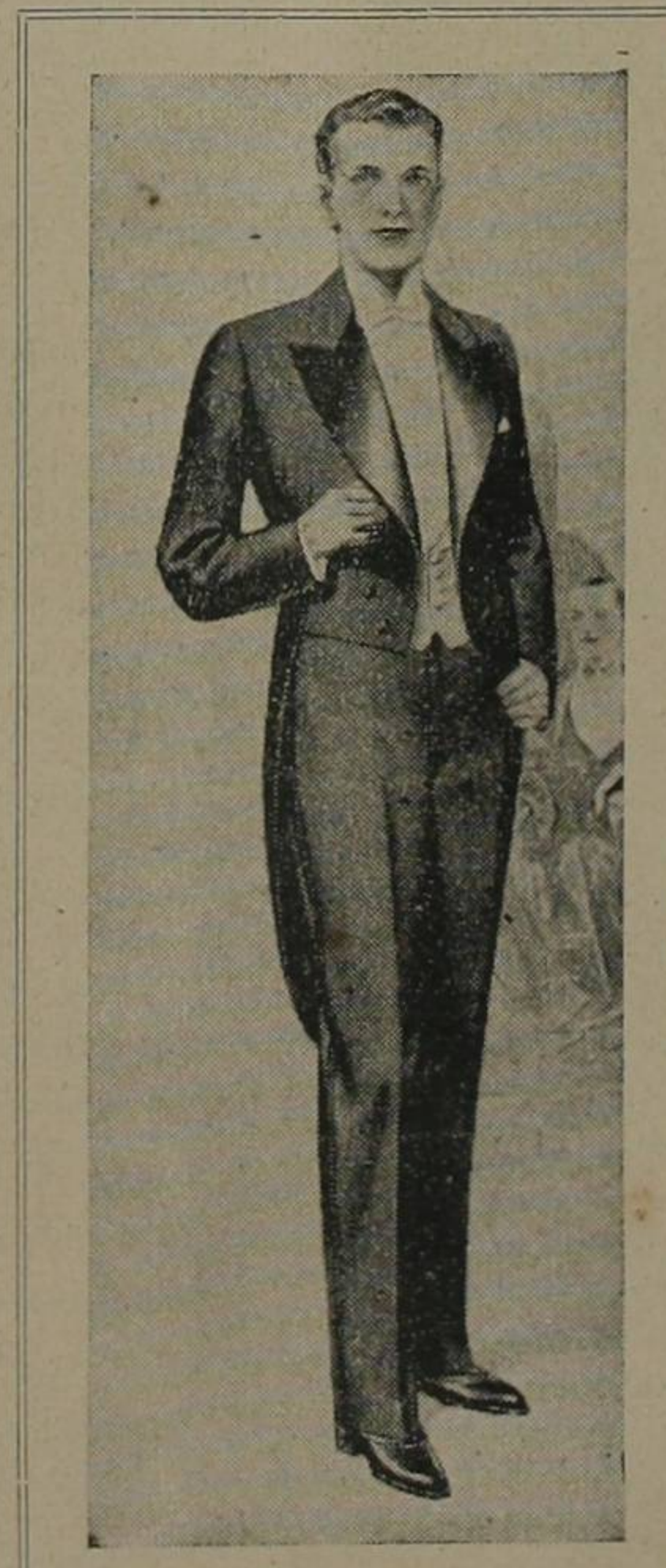
United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Motley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente



**El traje hace al caballero
y lo caracteriza
y
La Sastrería**

La Colombiana

de Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado.

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses. Operarios
competentes para la confec-
ción de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía

50 varas al Este de "El Cometa",
frente a Luis Vanni

San José. C. R.—Teléfono 3283

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José.